Mi Querido Ogro



VERÓNICA MURILLO

Mi Querido Ogro



VERÓNICA MURILLO

Copyright © 2023 Verónica Murillo

Eres libre de compartir y/o reproducir esta obra de forma digital o física siempre y cuando atribuyas el crédito a la autora.
Esta obra está registrada bajo licencia: Atribución No-Comercial Sin Obras-Derivadas
No se permite la creación y/o distribución de obras derivadas

Fecha: 8/10/2023
Imágenes de portada y capítulos: Canva.com
Composición de portada: Verónica Murillo
Imágenes internas de contenido: Pixabay.com
Imagen final: @pngtree
Maquetación: Verónica Murillo



Capitulo 1



"Caminar entre nubes".

Lo había leído muchas veces en sus novelas románticas y era la primera vez que comprendía la magnitud de los sentimientos que eso implica. Todo parecía más luminoso, incluso el estilo ecléctico de su oficina y las caras "sonrientes" de sus compañeros de trabajo un lunes por la mañana.

—¡Buenos días! —saludó Layla a las dos amigas con las que compartía su cubículo. Colocó un café frente a cada una y procedió a ocupar su lugar frente al ordenador.

—¿Y? ¿Cuál es la ocasión? —preguntó Susana en tono de sospecha mostrando el café.

—¿Acaso una no puede estar feliz por la mañana? —defendió Beca dando un sorbo a su propio café—. ¡Gracias, Layla, está delicioso!

—No es nada —canturreó la aludida mientras iniciaba sesión en todas sus cuentas.

Susana tomó el respaldo de su silla y la obligó a voltearse para examinar su expresión risueña.

—Un lunes por la mañana y con una junta a primera hora, nadie en su sano juicio puede estar feliz a menos que haya ganado la lotería. ¡Desembucha!

Layla sabía que su amiga tenía razón. Poniendo más atención se podía notar el ambiente tenso en la oficina. La gente andaba con los

hombros caídos y cara de que solo le quedaban unas horas de vida.

—Bueno —concedió Layla mientras sentía sus mejillas calentarse —, Germán y yo nos vamos a casar.

Susana, que había estado encorvada frente a ella para leer sus ojos, se enderezó y tiró de un manotazo su melena rubia hacia atrás. Estaba seria.

Beca, por su parte, miraba a su amiga con los ojos redondos y la boca abierta, sin saber qué debería decir en un momento como ese.

—¿No me van a felicitar?

—No veo el anillo. —Fue lo primero que Susana apuntó.

—Bu… bueno, es que no me lo ha pedido todavía.

—Entonces, ¿por qué lo dices con tanta seguridad?

—Porque… ya saben… —Layla se tapó la cara, avergonzada y sus amigas intercambiaron miradas de preocupación.

No era la primera vez que se hacía ilusiones con la persona equivocada, le habían mencionado muchas veces que debía tener cuidado al entregar su corazón, sin embargo, sus consejos caían en saco roto con demasiada frecuencia.

—Layla… —comenzó Beca sin saber cómo decirle a su amiga que tener relaciones había dejado de ser indicio de algo serio hacía un par de siglos.

—Coger con él no lo convierte en tu prometido —sentenció Susana sin miramientos.

—¡Susana!

—Es la verdad.

—Pero esa no es forma de decirlo.

—Deja de hablarle como a una pre adolescente, tiene veintisiete años, ya es grandecita para saberlo.

Los ojos verdes de Layla se movían de una a otra siguiendo el intercambio.

—Ya lo sé, tampoco es que sea mi primera vez… —dijo bajando mucho la voz, avergonzada y luego siguió en tono normal—. Yo sé que no garantiza algo serio, pero es que hay más: Germán me dijo que me ama.

Susana abrió la boca para replicar, lo cual no pudo hacer porque el reloj dio a las siete cuarenta y cinco. Una oleada de actividad se

desató en ese momento, todo mundo corrió a sus puestos y comenzaron a teclear y mover los ratones con la vista fija en los monitores como si se les fuera la vida en ello. Las tres amigas no fueron la excepción.

Layla estaba muy decepcionada de que sus más queridas amigas no compartieran su felicidad. Estaba segura de que su apuesto y exitoso novio le iba a pedir matrimonio, sino esa misma noche, al menos esa semana. Ya se veía caminando al altar vestida de blanco y sosteniendo un hermoso ramo de rosas blancas.

La campana del ascensor sonó y todos aumentaron el ritmo de trabajo frenéticamente. Por el reflejo del cristal, Layla vio a su jefe, el señor Harrys, caminar por el pasillo hacia su oficina. Su típico traje gris, corbata negra, cabello endemoniadamente engominado y obligado a asentarse hacia atrás y las gafas cuadradas, enmarcaban su perpetua expresión de "odio la vida y los odio a cada uno de ustedes también".

—Quince minutos —dijo al pasar frente a los tres cubículos que componían el piso y se metió a su oficina. Nunca alzaba la voz, tenía un tono profundo mortalmente frío, tanto para dar órdenes, elogios (bastante pocos) y destruir la moral de sus subordinados con comentarios ácidos sobre su trabajo.

Faltando un minuto para las ocho, todos los empleados de la revista Chickstyles, entraban en silencio a la sala de juntas y se acomodaban a la mesa. Un minuto después ingresaba el jefe con aire estirado y formal.

Chickstyles era una revista local más bien pequeña, perteneciente a un grupo editorial más grande que había experimentado una subida de popularidad en los últimos meses, por lo cual la presión en la pequeña división era aplastante.

—El último informe es un asco —comenzó mientras todo mundo disimulaba el pánico—, Century quiere saber cómo vamos a subir esos números para esta temporada.

Tomó asiento y los miró fijamente. Charlie, el director del departamento editorial se puso de pie y todos contuvieron el aliento.

—Pensamos —Hizo una pausa para aclararse la garganta y hacer un esfuerzo para enderezar la espalda—, que podemos recuperar el

terreno perdido aprovechando la temporada de la cosecha de duraznos, es un evento importante y colorido de la ciudad.

—¿Para cuántos números puedes estirar ese tema? El festival dura cinco días.

—Claro, claro —Todos vieron la gruesa gota de sudor bajar por la mejilla de Charlie ante la dura e inexpresiva mirada de Harrys—. Dividiremos el tema en secciones: gastronomía, artesanías, los recorridos por el bosque de duraznos y los… los pro… cesos… de la… cosecha…

La voz del director editorial se fue extinguiendo a medida que el jefe se ponía de pie y se acercaba a él para tomar sus notas y regresaba a su asiento a la cabeza de la mesa. Ojeó las páginas de la propuesta y luego las lanzó al centro de la mesa.

—No. Siguiente propuesta.

—¿Qué tal si lanzamos una serie sobre los problemas adolescentes recogidos en una encuesta en las escuelas? —Se aventuró León, del departamento de marketing.

—¿Lo estás preguntando o proponiendo?

—Pues… es una idea…

—Quiero ver propuestas no tus ideas surgidas en la ducha. ¿Nadie más?

Layla hizo valientes esfuerzos para disimular el temblor en sus piernas al ponerse de pie. Caminó hacia el portátil colocado al final de la mesa y encendió el proyector para mostrar su presentación.

—ChickStyles se distingue por ser una revista más humana y cercana a la gente, muchos de los valores que hemos abanderado en la última década se han ido perdiendo por lo cual en la actualidad nos vemos como algo desfazado o pasado de moda, a partir de esta línea podemos traer de nuevo algunas propuestas vintage para llamar la atención de los jóvenes. Haremos énfasis en la publicidad de ropa, accesorios y hasta comida que nos traiga a la memoria lo vibrante de los colores de los ochentas y noventas y la primera década del siglo XXI para compararlo con valores como la amistad, el amor a la familia y la honestidad.



Nadie se atrevió a respirar demasiado fuerte. Harrys miraba la propuesta de portada proyectada con el ceño fruncido. Al cabo de un par de minutos, que se sintieron como varias horas, se puso de pie y dijo mientras se acomodaba el aburrido saco gris.

—Espero una propuesta de verdad para la próxima junta y no sus… fantasías de adolescente.

Todo mundo regresó a sus puestos. El desánimo de Layla era palpable. Había trabajado en esa idea durante semanas, creía en ella, sentía que era el camino correcto, pero el muy imbécil de su jefe ni siquiera le había dedicado una segunda mirada y encima la había comparado con una adolescente al igual que su amiga lo hizo en su conversación.

Tomó el dossier con los hipotéticos artículos para cada sección que había pensado y se dirigió a su oficina.

—Layla, no. —Evitó la mano de Susan que intentó detenerla.

En la puerta se topó con Matt, el asistente de Harrys.

—Oye, no es buen momen… ¡Layla, espera!

—¡No puede rechazar mi propuesta sin siquiera mirarla!

Harrys arqueó una ceja y luego habló al auricular de su línea fija.

—Te llamo luego. —Colgó y se reclinó para mirarla con tanta fijeza que ella temió convertirse en piedra—. ¿No le enseñaron a tocar?

Layla puso el dossier en el escritorio y luego golpeó con los nudillos sobre este.

—Quiero que mire mi idea, puedo aceptar un "no" si por lo menos me da sus razones.

—Es insulsa, inmadura y fantasiosa. No se apoya en los números y tiene menos desarrollo que sus novelitas románticas… Si, he visto lo que lee en los descansos y no es asunto mío, pero no se base en Jane Austen para hacer una propuesta seria.

—Pe… pero…

—Señorita Bennet, yo sí tengo trabajo que hacer, así que por favor. —Señaló con la mano la puerta donde Matt permanecía sosteniendo esta para que ella pasara.

Layla salió completamente abatida.

—Tranquila —la animó el asistente mostrando su perfecta sonrisa y poniendo una mano en su hombro—, ya se te ocurrirá algo.

Volvió a su cubículo donde la esperaban sus amigas y compañeras.

—¿Cómo te fue con el “Ogro”?

—No quiero hablar de eso.

Las chicas la envolvieron en un abrazo de grupo y le dieron su espacio. Durante el día hasta los chicos de los otros departamentos de mostraron condescendientes con ella, lo que no hizo más que aumentar su desánimo. ¿Cómo se le ocurrió la brillante idea de entrar así a su oficina y encararlo? El Ogro jamás había dado su brazo a torcer, no iba a ser ella la primera vez.

La hora de la salida llegó y con ella el tan anhelado descanso. Ya quería olvidarse del trabajo y apenas era lunes.

Llegó a su casa y le escribió a su novio.

Necesito verte.

Esperó y en algunos segundos llegó la respuesta.

Lo siento pequeña, estoy a la mitad de algo.

Tecleó algo como un reclamo, pero lo borró. Escribió otro mensaje y le pareció patético, hasta que al final respondió algo más simple.

De acuerdo. ¿Mañana?

Ya no recibió respuesta y Germán apareció como fuera de línea.

No había sido lo que esperaba para ese día. Suspiró y se metió a tomar una larga ducha. Tenía la firme creencia de que un baño podía limpiarla de los malos pensamientos y mejorar su humor y así fue.

Se puso su pijama más cómodo y volvió a ver su capítulo favorito de "Sentido y Sensibilidad", eso siempre le levantaba el ánimo.

—En fin —se dijo antes de ir a dormir—, siempre hay un mañana mejor.

Se quedó dormida con una sonrisa en los labios.



Capitulo 2



La semana fue más tranquila, aunque la siguiente junta se acercaba y se sentía como si la espada de Damocles pendiera sobre la oficina. Faltaban pocos números que imprimir antes de la siguiente temporada y el tiempo estaba en su contra, sin embargo, Layla intentaba mantener la calma.

—Creo que será esta noche —anunció a sus amigas durante el descanso.

—¡Qué bien! —Fue la entusiasta respuesta de Beca. En el fondo estaba aliviada de que las ilusiones de Layla se hicieran realidad. Por otro lado, Susana la miró con incredulidad.

—Me citó en Las Bugambilias, estaba deseando tanto ir a comer allí.

—De verdad espero que sea lo que esperas, Layla, aunque no me lo creas.

Beca entendía que Susana solo intentaba proteger a su inocente y dulce amiga, solo le gustaría que le siguiera un poco el juego en lugar de pisotear sus ilusiones sin compasión.

Esa noche Layla se demoró veinte minutos frente al espejo, todo un *record* tomando en cuenta que por lo general no invertía más de cinco en atar su cabello y ponerse humectante labial. El timbre la sobresaltó y corrió escaleras abajo, deteniéndose a respirar antes de abrir y dar un paso atrás para que Germán pudiera contemplar su esmerado arreglo y le dijera algo lindo.

—¡Hola!

—Hola, ¡estás preciosa!

—¡Gracias! —respondió dando una vuelta sin que lo pidiera—. ¿Qué te parece mi cabello?

—Me gusta, aunque atado o suelto, sigue oliendo a mandarina y me encanta.

Layla se quedó, por un momento, paralizada ante la vista de sus hoyuelos y ese mágico brillo en la mirada cuando sonreía, aunque le quedó a deber un poco de magia. Estaba a punto de preguntar si pasaba algo, cuando Germán la tomó suavemente del brazo para hacerla salir.

—¿Nos vamos? Se hace tarde.

Desde muy pequeña soñaba con una cita romántica en Las Bugambilias, el restaurante más elegante del pueblo, con balcones llenos de las emblemáticas flores en variedad de colores, sus hermosas mesas adornadas con manteles de orilla dorada y la música en vivo. ¡Era una noche perfecta!

—¡Ansiaba tanto venir aquí!

—Lo sé —dijo Germán tomando el menú impreso en papel negro y letras doradas.

Layla sintió su respuesta un poco fría, pero asumió que debían de ser los nervios. Seguramente había preparado una hermosa propuesta de película y temía que algo pudiera salir mal.

La entrada consistió en una deliciosa crema de vegetales, Germán sabía muy bien que los espárragos eran sus vegetales favoritos. El plato fuerte fue un corte de ternera acompañado de vino tinto, de nombre impronunciable, que estaba delicioso.

Durante toda la cena mantuvo una charla banal, de esto o aquello, recordando sus mejores momentos y repitiendo cuánto la admiraba por su dedicación y amor a su trabajo.

Cuando el mesero se presentó con el postre, Layla apenas podía respirar de los nervios. La orquesta comenzó a tocar una dulce melodía y la vista de aquel pastel en miniatura, de dos mini tortas blancas con un lazo rojo, coronado con un manojo de moras en jalea y una ramita de menta, la dejó boquiabierta.

—Es… hermoso… —suspiró y tuvo la sospecha de que el anillo podría estar dentro de aquel que, al menos a ella, le parecía un pequeño pastel de bodas.

—De corazón, espero lo disfrutes.

Tomó un par de bocados con la cucharilla y todo se le reveló tan claro que no entendía cómo no lo vio desde el principio.

—Porque es el final, ¿cierto?

Por un instante incluso pudo escucharlo diciendo: "¡Por Dios, no!". Pero eso no pasó. Germán puso la cuchara en la servilleta y la miró con una expresión compungida.

—Cielo, en verdad lo siento. Es que… no creo estar preparado para algo más serio.

—No tiene que ser hoy o este año siquiera. ¡Jamás te lo di a entender…! O, ¿sí?

Cubrió su pequeña mano con la de él y la apretó cariñosamente.

—Layla, lo he pensado y creo que no lo estaré nunca. Tú mereces alguien que te valore y te pueda ofrecer algo duradero y estable… yo no soy esa persona. —La soltó y se reclinó en su asiento.

—¿Y todo esto?

—Merecías al menos hacer tu sueño realidad.

Layla puso la servilleta en la mesa y lo miró como nunca antes había mirado a nadie. Casi con odio.

—¿No se te ocurrió que si solo era el restaurante yo misma pude habérmelo pagado? Lo importante de los sueños no son las cosas sino la experiencia, y tú has arruinado para siempre la experiencia de este lugar.

—No era mi intención…

—No, claro que no. —Se puso de pie lo más discretamente que pudo, aunque en las mesas más cercanas sí que se percataron de que las cosas no andaban bien.

—Espera, no te vayas.

—Oh, perdón. ¿Tenías algo más que decir? ¿Otro sueño que arruinar?

—Creí que podríamos terminar de cenar, como amigos.

Hasta ahí llegó el esfuerzo de Layla de conservar la discreción en aquel lugar tan elegante. Tomó la copa, se acercó tranquilamente y se la arrojó a la cara.

Los murmullos no se hicieron esperar.

—¡Y me llevo esto! —sentenció agarrando lo que quedaba de su mini pastel de bodas. Dio media vuelta y salió con la espalda erguida.

* * *

Susana y Beca llegaron a su casa en menos de quince minutos equipadas con cerveza, helado y muchos snacks.

—¡Deben pensar que soy una ingenua! —sollozó llevándose a la boca otra porción de su pastel.

—Por supuesto que no.

—¡Por supuesto que sí!

—¡Susana!

—Mira, si fuiste una ingenua, eso te ayudará en tus relaciones futuras.

—¡No habrá relaciones futuras! —gritó sin dejar de comer—. Los hombres son un asco, el amor es un asco, las ilusiones son un asco y… creo que voy a vomitar.

Las amigas le sostuvieron el cabello y suspiraron, ya que, no era la primera vez que la dulce Layla renunciaba al amor para siempre.

—No pienses en eso, solo déjalo salir amiga —dijo con suavidad Beca palmeando su espalda.

—Sí, ya la siguiente vez, renunciarás de verdad al amor.

Layla se puso de pie enojada y se lavó la boca.

—¿No me creen verdad? ¡Ahora verán!

Se dirigió a la habitación de al lado donde había un escritorio con su vieja computadora y la encendió.

—¿Qué vas a hacer?

—Layla, estás alcoholizada, espera a mañana para tomar una decisión.

Llegaron ambas junto a su amiga y la vieron teclear furiosamente. ¿Qué estaba haciendo? ¿Visitando un sitio de citas? ¿Haciéndose una cuenta en OnlyFans? ¿Contactando con un ex?

Presionó imprimir y mostró la hoja.

Miraron la hoja, luego se miraron entre ellas y después a su amiga que, al parecer, estaba más borracha de lo que pensaban.

—¿Clases de dibujo? —preguntaron las dos a coro.

—¡Sí! Voy a tomar tiempo para mí, desarrollaré un pasatiempo y dejaré de esperar al maldito príncipe azul.

Aunque fue lo que dijo pasó en un limbo durante días, en los cuales parecía un zombi. De no ser porque, poco a poco, iba recuperando su entusiasmo, hubieran considerado llevarla a terapia.

Días después, la vieron llegar un poco más arreglada y había recuperado el color de las mejillas.

—¿Cómo estás?

—¡De maravilla! Esta noche tengo mi primera clase.

Las amigas se miraron y en una fracción de segundo llegaron ambas a la conclusión de que, si había vuelto a su extraño plan, seguramente era porque ya era ella nuevamente.

—Recuerda que, si cambias de opinión, estamos para apoyarte.

—Voy a clases de dibujo, no a tirarme de un puente.

Se puso a trabajar en su propuesta. No encontraba una idea que la hiciera sentir brillante y genial, como sí le había pasado con su propuesta de artículos vintage. Necesitaba una idea fresca y vibrante y… no se le ocurría nada.

Tomó de la gaveta la muestra de portada que había diseñado. En la portada se mostraban algunos de los artículos sugeridos. Uno era sobre una pareja que se consideraban casi fundadores del pueblo. Eran personas generosas y amables y todos los amaban. ¿Y si realizaba alguno de los artículos y le mostraba a su odioso jefe las reacciones de la gente? Estaba segura de que serían un éxito y podrían subir los números en poco tiempo.

¿Presentarse ante el Ogro con la misma propuesta que había rechazado? ¿Cómo se lo tomaría?

Un chillido la sacó de sus cavilaciones.

Todos estaban de pie fuera de los cubículos cuando Anne, la recepcionista, salió de la oficina de Harrys. ¿Estaba llorando?

—Anne, te lo suplico… —rogaba Matt, mientras la chica metía cosas de cualquier manera en una caja—. Sé que sonó mal, pero

recapacita.

—No tengo porqué soportar esto… ¡Me voy ahora mismo!

—Espera.

Todas las miradas fueron a la puerta del director donde Harrys estaba de pie. Caminó hacia ella y le dijo a Matt.

—Revisa sus cosas antes de que se vaya.

Siguió caminando hacia la salida del piso mientras todos lo miraban con la boca abierta.

—¿Tienes algo para mí, "Austen"? —preguntó al pasar frente a Layla. Ella se llevó las manos, que aún sostenían su propuesta, a la espalda.

—N.. no, señor.

—Entonces le aconsejo que deje de soñar, se ponga a trabajar y haga algo por su imagen, en ese orden.

Harrys se fue, Anne se puso a arrojar cosas y Layla deseó meter la cabeza en un agujero por el resto del día… o de la vida.



Capitulo 3



Layla llevaba horas con la mirada perdida. El reloj dio las siete de la tarde, pero ella no se movió.

—Oye, ya nos tenemos que ir —dijo su amiga Susana, parándose al lado de ella llevando ya su bolso y chaqueta.

—Me van a despedir, ¿verdad?

—¡Nah! Es más probable que renuncies después de un ataque de histeria.

—¡Su! No deberías burlarte.

—No me estoy burlando, solo contemplo nuestro posible futuro con una razonable dosis de humor.

Consiguieron hacerla salir de su trance y se despidieron en la entrada.

—Suerte en tus clases —le deseó Beca mientras cruzaba la calle hacia el local de hamburguesas donde trabajaba su hermana.

Layla hasta había olvidado que ese día iría a su nueva clase, descubriría un mundo nuevo y olvidaría sus problemas sentimentales y laborales por un par de horas.

Se dirigió hacia allá y al llegar contempló la fachada. Parecía una casa bastante normal, aunque muchos locales lo parecían porque habían aprovechado la infraestructura colonial del pueblo para darle ese toque autóctono que a ella tanto le gustaba.

Al entrar pudo ver algunas personas reunidas, había gente de todas las edades. Un joven salió de una habitación y todos se acercaron.

—Buenas noches. Mi nombre es Alejandro, nos alegra mucho que se hayan decidido a probar una experiencia nueva. En unos momentos alguien tomará sus datos y los conducirá a sus salones. Tenemos una metodología libre, los alumnos avanzados los van a apadrinar y guiar en los primeros pasos de tal manera que ustedes no se sientan presionados. Uno de nuestros facilitadores va a supervisar el trabajo para que se sientan en confianza. Queremos que esta sea una experiencia de libertad creativa y relajante. ¿Alguna pregunta?

Después de algunas preguntas y respuestas le tomaron sus datos y los llevaron a un salón donde debía observar las obras ahí expuestas. La idea era identificarse con el trabajo realizado y en base a eso elegir a su mentor.

—Esto me suena más a una buena política de ahorro de fondos —murmuró Layla para sí—. Oh, por Dios, me estoy convirtiendo en Susana.

Observó varias pinturas y todas le parecieron bonitas, pero nada más. Algunas no tenían el más mínimo sentido, al menos para ella que no tenía ni idea de arte. Sin embargo, llegó a una que la dejó boquiabierta.

Era un lienzo con la mayor parte en negro, estaría todo oscuro si no fuera por un haz de luz que se filtraba de alguna parte y era interceptado por una mano que parecía sedienta de luz. ¿Cómo sabía que la mano estaba sedienta de luz? ¿Cómo puede una mano estar sedienta? ¿Por qué estaba el dueño de esa mano en la oscuridad? ¿De dónde provenía la luz?

Estiró su propia mano, deseaba estrechar la de esa persona perdida en las sombras.

—¿Le gusta?

La profunda y suave voz masculina la sobresaltó. Miró a su lado y se encontró con un chico un poco más alto que ella, llevaba jeans rasgados, un suéter color vino de cuello en “V”, que marcaba su bien

formado pecho y las mangas recogidas un poco debajo de los codos. Sonrisa brillante, cabello despeinado y penetrantes ojos verdes.

—Me encanta —respondió ante el magnífico espécimen que estaba frente a ella. Él soltó una risa. Primer dardo.

—Hablo de la pintura.

—¡Ah, sí! También.

Se volvió a reír. Segundo dardo.

"Layla, ¿qué haces coqueteando con este Adonis? ¡Viniste aquí para olvidarte del amor!".

Miró la pintura y quiso decir algo inteligente sobre ella.

—Claramente expresa soledad y desamparo.

—¿Eso cree?

—No, la verdad no tengo idea.

La tercera risa terminó de desarmarla y decidió que bien podría dedicar tiempo para ella misma a la vez que conocía un poco más a aquel hermoso hombre.

—¿Tú que piensas que expresa?

—La esperanza.

—Ah, claro, obviamente.

—La esperanza es como una pequeña luz que hay que proteger. En medio de la oscuridad, ilumina tu propósito para que no pierdas el norte.

Además de guapo era sensible. ¡Lotería!

—¿Todo eso lo piensas solo con verla?

—No, todo eso lo pensé al pintarla.

—¡Tú! —Señaló la pintura, luego a él, luego a la pintura y luego a ella—. ¿Quieres ser mi mentor?

Lució sorprendido y miró un poco alrededor.

—¿No quiere ver un par de pinturas más?

¿Y arriesgarse a que alguien más se quedara con ese trofeo del Olimpo? ¡Ni loca!

—No, yo… siento que he conectado con tu estilo.

—No sé si sea buena idea.

—¿Por qué no? ¿Tienes una novia tóxica?

—No.

—¿Esposa tóxica?

—Menos.

—Novio, esposo, amante…

—No tengo pareja, pero eso podría generar incomodidad en la oficina, ¿no cree?

Layla se quedó en el limbo. ¿La oficina? ¿Qué oficina? ¿De qué estaba hablando? Lo miró un momento, pero no llegó a ninguna conclusión. Entonces miró el recuadro blanco con letras negras al lado de la pintura.

Luz en la oscuridad

William Harrys

Óleo sobre tela

¡¿Harrys?!

Lo miró de nuevo. ¡No podía ser! No, estaba loca, aquel perfecto, guapo, amable y dulce hombre no podía ser el Ogro que la torturaba y se burlaba de sus gustos literarios.

—Señorita Bennet, ¿Está bien? Se puso pálida.

—¡No me jodas!

* * *

La casa colonial, donde estaba la academia de arte, era la típica con las habitaciones alrededor de un patio, el cual había sido convertido en cafetería al aire libre.

William puso un café en la mesa, frente a Layla y se sentó en la silla del otro lado.

—¿Mejor?

—Perdón… lo… lo siento… no me di cuenta… yo estaba… y usted estaba… y la pintura…

—Deja de disculparte. —Volvió a reír y Layla creyó que estaba drogada o borracha o quizá había sufrido un derrame cerebral y estaba en coma en el hospital teniendo un largo sueño muy, muy loco—. No estamos en el trabajo —agregó revolviendo su café.

¡Ese no podía ser su jefe! Era todo lo contrario y además sus ojos no eran… ¿O sí? Bueno, no podía saberlo, nadie lo miraba a los ojos. ¡Pero ese cabello! Tampoco podía saberlo porque siempre lo llevaba tan aplastado que no dejaba ver su aspecto real. ¿Y su cuerpo? ¡Hoy

estaba para chupárselo entero! En cambio, ese horrendo y enorme traje gris no dejaba ver absolutamente nada.

—Esto es incómodo, ¿verdad?

—Por eso no creo que sea buena idea que sea tu mentor. No es que no quiera, me gustó tu interpretación de mi pintura.

Lo miró de nuevo. Tenía toda la razón, no era buena idea, aunque había echado un vistazo a las otras pinturas y ninguna le produjo lo mismo, no sintió ningún chispazo ni conexión, pero tenía que admitir que sería muy raro, así que no tuvo más opción que volver para elegir a alguien más.

Entraron de nuevo al salón y Alejandro fue a su encuentro.

—Los esperábamos, son la última pareja que falta.

—¿Cómo dice?

—Sí, ya todos eligieron a sus mentores, vamos a comenzar.

—Pero, pero…

Se fue al frente del grupo de nuevo dejándolos ahí muy confundidos.

—Okey, grupo. Así vamos a trabajar: cada pareja de mentor y alumno van a ocupar una mesa y comenzar a explorar los primeros trazos y conceptos básicos. Al final, examinaremos lo que pudieron producir y valoraremos la técnica usada.

Todos se fueron muy contentos a ocupar sus lugares.

—Supongo que no nos deja opción.

Sentimientos encontrados embargaron a Layla. No estaba para nada en contra de seguir percibiendo aquel aroma a colonia y ver esa sonrisa, sin embargo, no dejaba de preguntarse cómo serían las cosas al día siguiente, en el trabajo.

Le explicó como sostener el lápiz, como si fuera una niña de kínder, le pidió dibujar líneas, círculos y cuadrados a mano alzada, como en el kínder y, a l final, le pidió que dibujara cualquier cosa.

Mientras dejaba vagar el lápiz sobre un folio de papel *ledger* pegado a la mesa, Layla dejó escapar una interrogante que llevaba horas dándole vueltas por la cabeza.

—¿Me veo tan mal?

—¿Perdón? —interrogó a su vez, confundido.

—Esta mañana, me dijiste que hiciera algo por mi imagen.

—¡Ah! Eso —dijo, casi divertido, como si no tuviera importancia. Layla se molestó.

—¡Sí, eso! ¿A qué venía?

—Bueno, desde que rompiste con tu novio, te veías apagada y triste.

Apartó el lápiz del papel y se enderezó para verlo a los ojos completamente consternada.

—¿Quién chismea de mí en la oficina?

—Nadie —respondió soltando otra de sus sexys risas—, pero eres como un libro abierto. Primero: tu copia de Orgullo y Prejuicio estaba en el bote de basura, segundo: ya no cantas…

—¿Yo canto?

—Tarareas canciones románticas todo el tiempo. Y tercero: tus ojos no habían tenido el mismo brillo hace días… Bueno, hasta hace un rato viendo mi pintura.

Volvió al trabajo que tenía entre manos incapaz de decir nada ante semejante revelación. Creía que William Harrys era un monstruo sin corazón que pensaba que sus empleados eran meros objetos a los cuales exprimir para subir los números. ¡Los números! Todo el tiempo estaba fustigándolos con los números. Estaba bastante confundida ante el hombre que tenía al lado guiando sus dedos por unos trazos sutiles pero firmes, que le daba forma tangible a lo intangible y que reflejaba una profunda sensibilidad en la mirada y que poseía una sonrisa capaz de provocar cosquillitas en lugares muy inapropiados.

Terminó la primera clase y su primer dibujo fue bastante elogiado por los maestros. Les dieron recomendaciones, tanto a mentores como a los principiantes, corrigiendo algunos aspectos y les invitaron a presentarse el fin de semana para una pequeña exposición de los graduados del año anterior.

—¿Te llevo a casa? —ofreció William cuando estaban en la calle.

—No es necesario, es aquí cerca —respondió, haciendo un gesto vago en varias direcciones.

—Okey, entiendo. No quieres que tu jefe sepa donde vives.

—¡Yo no dije eso!

—Tranquila, era broma. Hasta mañana, señorita Bennet.

Se subió a su auto y emprendió la marcha.
—Hasta mañana… Will.



Casi no pudo dormir. Todavía le causaba gran confusión los sucesos de esa noche y entre una cosa y otra, pensó que lo mejor sería no asistir más a las clases y tratar de olvidar la otra cara de su jefe, solo así podía seguir odiándolo apropiadamente. ¡Si! Estaba decidido, no más amistad con William Harrys.

Corrió a su cubículo y encontró a sus amigas.

—¡No me lo van a creer! —dijo tirando sus cosas y acercándose a las chicas que, arrimadas a la cafetera, disfrutaban su café mañanero.

—No me digas, conociste a alguien y hubo conexión al instante —dijo Susana.

—Y, además, huele rico y tiene linda sonrisa—añadió Beca.

—¿Qué? ¡No! ¡Si! Esperen, ¿a qué viene eso?

—Tu cabello está arreglado, llevas brillo labial, cambiaste al bolso bonito y entraste aquí corriendo y… ¿espera, ese es tu shampoo de mandarina?

—Layla versión enamorada etapa uno.

¡Era cierto! Harrys tenía razón, ella era un libro abierto, leído, repasado, sobre analizado y valorizado con dos estrellas en Amazon, como una comedia romántica ni tan buena ni tan mala, disfrutable pero olvidable.

—¡No estoy enamorada!

—Pero sí conociste a alguien. ¿Cómo es?

Las dos se acercaron, íntimas, contentas, como siempre, para que les contara con ojos de corazón como era su nuevo galán. Casi pegaron sus caras a la de Layla para que les diera los detalles. Se dio cuenta de que, muy a su pesar, era una romántica empedernida más enamorada de la idea del amor que de una persona y que se parecía a un personaje plano en una mini novela de cien páginas.

—Es… el amor al arte.

Ambas se enderezaron y la miraron inquisitivamente.

—¿Será?

—Alto, mirada bonita y su voz te hace sentir cosquillas en el estómago, ¿a que sí?

La protesta murió en sus labios, ya que, en ese momento, dieron las ocho menos cuarto. El frenesí comenzó, todo mundo en sus puestos, tecleos furiosos y la campana del ascensor.

—Reunión de emergencia.

Saludó el jefe pasando delante de los cubículos sin mirar a nadie. Un minuto después todos estaban en la sala de juntas. Harrys, con la apariencia del Ogro dictador de sus pesadillas, tiró un puñado de papeles al centro de la mesa.

—¡Felicidades, señores! Hemos caído al sexto puesto desde la última revisión.

¡Oh, no! Si salían de los diez primeros, Century les quitaría la categoría plata que habían mantenido por cinco años. Eso significaba que recortarían los presupuestos, el personal y que se reducirían a una revista de tercera replicando los chimes de la farándula.

Todos estaban en shock.

—Cada uno de ustedes me dirá ahora mismo, porqué piensan que estamos donde estamos.

¿Qué? ¿Qué clase de tortura medieval era esa? Todos estaban en pánico y, por supuesto, ninguno de ellos iba a asumir la culpa por semejante desastre.

—¿Y bien?

En los últimos años Chickstyles tuvo un repentino retroceso. La calidad se había mantenido, la dirección, aunque tiránica era certera y, sin embargo, caían y caían sin parar. ¿Por qué? Porque el pueblo

había experimentado un estallido demográfico unos años atrás debido a que se publicitó como el lugar ideal para los que no gustaban del frenesí de la ciudad, muchas parejas llegaron a radicar y sus hijos conformaban el actual 60% de la población y eran centennials, más interesados en las redes sociales que en una revista.

¿Qué necesitaban? ¿Lanzar una versión digital? Con el mismo estilo y contenido no serviría de nada. ¿Dirigir temas más acordes a esos chicos? Eso cambiaría la esencia de Chickstyles. Entonces, ¿qué? ¿Qué?

—Bien, ya que parece que carecemos de personal calificado, se comenzará un proceso de recorte. Fuera.

El ambiente se volvió pesado. Todos intentaban llevar a cabo sus tareas, pero estaban nerviosos. Layla volvió a considerar su idea, tal vez si la enfocaba de manera distinta. ¿Y si le preguntaba a Harrys en privado su opinión al respecto?

Se dirigió a su oficina antes de que la duda le impidiera hacer nada.

—Layla, no es buen momento.

—Nunca es buen momento, Matt.

—No, mira, en serio… —El intercomunicador pitó y Matt levantó la línea—. ¿Si, señor?... ¿Ahora?... Claro, en este instante. —Colgó y le hizo señal de adiós. Sacó una cajita blanca de uno de los cajones, llenó un vaso de agua y corrió a la oficina.

Layla miró a los lados, no había nadie cerca. Se acercó a la puerta y pegó su oído.

—¿Cómo te fue? —Escuchó a Matt en tono reocupado.

—No están contentos. —La voz de Harrys era débil y desanimada. Ni siquiera parecía el mismo de hacía unos minutos.

—¿Cuánto tiempo nos dieron?

—Casi nada, hay que rehacer todo el cronograma.

A Layla le dio un vuelco el corazón. ¿Rehacer el cronograma a estas alturas? ¡Era una tarea titánica!

—Adelantaré la reunión de programación, pero no creo que los proveedores nos ayuden.

—Yo me encargo.

—¿Y qué me dices de logística?

—Ahora los llamo, vamos a lograrlo, cueste lo que cueste.

Se fue antes de que alguien la pillara escuchando tras la puerta.

Cuando salieron a almorzar, solo Matt salió, fue al comedor del edificio rápidamente y regresó para ocupar su lugar. Layla decidió ir por una ensalada de frutas que vendían en una esquina. Era ideal para picar mientras se trabaja, ella lo había usado en ocasiones, no era lo mejor para la salud, pero era peor no comer nada.

—Dejaron esto afuera para el jefe —dijo poniendo la cajita transparente en el escritorio de Matt.

—¿Quién? —preguntó extrañado mirando con recelo la cajita que dejaba ver un bonito arreglo de cortes de frutas en su interior.

—Ni idea, pero estoy segura de que no está envenenada.

Dio media vuelta, alcanzando a ver a Matt entrando a la oficina y se alegró.

Muy pronto la chica se convirtió en asidua cliente de la tienda de la esquina.

* * *

Se vio ante el espejo una vez más. Su vestido sencillo, pero elegante, dejaba ver un poco su figura, que no era espectacular, pero ella se sentía orgullosa. Un poquito de maquillaje y el cabello suelto. Tomó una botellita y se fijó que era el mismo perfume que le gustaba a Germán. Quería sentirse diferente, así que lo cambió por uno suave y floral. Tomó su bolso y salió.

Al final, había decidido ir la exhibición, aunque ya no asistiera a las clases, no le vendría mal un poco de cultura.

Al solo entrar, barrió la sala con la mirada y lo encontró cerca de la mesa de bocadillos.

—Los canapés se ven deliciosos —dijo a modo de saludo.

—Últimamente me he aficionado a la ensalada de frutas —respondió risueño y Layla se ruborizó.

—Espero no importunar.

—Para nada, me salvas la vida todos los días, aunque no tienes porqué.

—¿Debería dejar de hacerlo?

—No me opondría a que siguieras, si quieres. Soy adicto a estar vivo.

Ambos rieron y se encaminaron a recorrer la sala. La chica se permitió admirarlo un poco, llevaba un traje, pero muy distinto al de siempre. Era negro, de etiqueta, con las solapas de seda y corbatín. Se ajustaba a la perfección y acentuaba su figura esbelta y varonil.

—¿Qué tan mal estamos?

—¿Te importa si no hablamos de trabajo? Vengo aquí para olvidarlo.

—Claro, lo siento. —Layla se reprochó, también ella estaba ahí por lo mismo.

Vieron algunas pinturas y ella trató de disfrutarlo, con muy poco éxito.

—¿Qué te parece? —preguntó Will en cierto momento.

—La verdad es que no tengo idea. ¿Es una mancha? —Ladeó la cabeza para buscarle algún sentido a las confusas figuras que veía en uno de los lienzos.

—Es una metáfora de la deformidad del universo interior de cada uno de nosotros.

—¿En serio?

—No, yo tampoco tengo idea.

Volvieron a reír, terminaron el recorrido y entonces ya no hubo más que hacer. Sin saber cómo, estaban de nuevo en la cafetería de la academia.

—Somos un fracaso como amantes del arte —se quejó ella removiendo su café con pereza.

—Somos principiantes.

—La próxima vez mejor vemos una película.

—¿En tu casa o en la mía?

Levantó la vista. La verdad lo había dicho sin pensar, sin embargo, ante la perspectiva se descubrió llena de expectación.

—Quiero conocer tu casa primero.

—¿Este viernes?

¿Qué estaba pasando? ¿Iban a tener una cita? No. Claro que no, era solo una película en casa de un amigo. Nada más.

—Hecho.

—Que sepas que nada de Austen.

—Aguafiestas.

Esa noche anotó en su agenda: "Película en casa del Ogro". Se rio de sí misma, tomó la goma, borró la última parte y lo corrigió: "Película en casa de Will".

Capitulo 5

—¿Quieres dejar de cantar?

Layla quitó la mirada de su monitor. Susana la veía con reproche.

—No estaba cantando, ¿Verdad, Beca?

—Estabas tarareando el tema del guardaespaldas —respondió esta sin quitar la vista de su trabajo.

—Perdón.

Era cierto que había pasado una velada de lo más divertida. Película romántica, pizza, cerveza… Nada del otro mundo, pero ni siquiera una cena en Las Bugambilias podían compararse a la charla banal sentados en el piso, las risas y pequeñas bromas que compartieron esa noche.

La tenía tan presente, aunque había pasado una semana desde entonces, que se la pasaba tarareando la canción de Whitney Houston. Era viernes nuevamente y se emocionaba pensando en repetir la velada.

—¿No nos vas a contar de tu nuevo novio? —interrogó Susana un tanto molesta.

—¿De qué estás hablando? No tengo novio.

—¿Se puede saber dónde estabas el viernes?

—Su, no es de nuestra incumbencia. —Layla se sintió agradecida con la discreción de Beca—. Si ya no nos tiene confianza, no podemos hacer nada. —Y… hasta allí llegó el agradecimiento.

—Okey. Miren, sí salí con un chico el viernes, pero fue en plan amigos. No salgo con él (todavía) y sí les tengo confianza, solo denme algo de tiempo para contarles, ¿sí? No quiero que se sepa.

—¿Es casado?

—¡Por Dios, no!

—¿Entonces por qué no quieres que se sepa?

Se acercó y por instinto, ellas hicieron lo mismo.

—Es de la oficina —susurró, lo que no sirvió de nada porque ambas gritaron.

—¿¡Qué!?

—¡Shhh!

Algunas cabezas asomaron de los otros cubículos.

—¿Qué ven? —Les reprochó Susana y todos volvieron a los suyo.

—Las relaciones en la oficina están prohibidas —señaló Beca tomando su mano como si quisiera hacerla reaccionar de una muy mala decisión.

—No tenemos una relación.

—Todavía —completó Susana.

—¿Te gusta?

Layla bajó los ojos. ¿Le gustaba? Eso era obvio, pero ¿tanto como para una relación?

—Mírala, hasta se sonroja y todo.

—Amiga —comenzó Beca en un tono maternal—, deberías darte más tiempo, no puedes saltar de una relación a otra tan deprisa. Tú y Germán iban a casarse…

—¡Claro que no! Esas fueron ideas mías, él solo se quería librar de mí.

—Igual, tú hubieras dicho que sí y mírate ahora, apenas unas semanas y ya babeas por alguien más. En mi opinión, deberías poner distancia con esa persona, y más si es de la oficina, como están las cosas, el Ogro te va a crucificar si te descubre.

¿Y si les decía?

¡No! Ahora estaban en modo negado, si les decía de quién se trataba ellas mismas la iban a crucificar.

—¡Chicas! ¿Quién de ustedes maquetó la sección de deportes? —El director editorial irrumpió al cubículo.

—Fui yo —respondió Layla asustada, su tono no presagiaba nada bueno.

—¡Mira esto! —gritó Charlie—. Los anuncios son un desastre. Tenemos tres columnas, Layla. ¡Tres!

—De marketing mandaron un memo diciendo que serían dos.

—¿Y quién es el director editorial? ¡Soy yo, maldita sea! ¡Yo! ¡No León, ni tú y tu linda carita de santurrona!

Se puso de pie y fue a él conteniendo las ganas de ponerse a su altura y gritar como una desquiciada.

—Lo arreglaré —comenzó en tono conciliador—, solo dame un par de días para…

—¿Por qué diablos crees que tenemos un par de días? ¡Nuestros trabajos penden de un hilo y tú cometes errores de principiante!

Susana se puso de pie de un salto, pero no alcanzó a decir nada.

—Chicos —interrumpió la voz de Matt que se había materializado junto a ellos—, el jefe los quiere ver ahora mismo.

¡Lo que faltaba!

Entraron a la oficina, acompañados de Matt. Harrys estaba en su escritorio ojeando la primera prueba de impresión. Se puso de pie después de tomarse todo el tiempo del mundo y fue hacia ellos para poner la revista, justo en la página con el error, frente a sus ojos.

—Dos columnas y toda la publicidad fuera de margen —dijo en tono frío—. Estamos en la mira de Century, un error como este nos podría costar el empleo a todos.

—Lo vamos a arreglar, para mañana…

—Lo quiero arreglado hoy mismo.

—Claro —concedió Charlie, pálido y tembloroso.

—¿Qué pasó?

Hubo un silencio, Charlie la miró acusatoriamente y Layla sintió cómo se le helaba la sangre.

—Fue… un malentendido… yo creí que serían dos… el memo… yo… yo… —La garganta se le cerró de modo tan brutal que la voz se le cortó y al final solo pudo emitir un chillido como de ardilla.

—Charlie, Matt, fuera.

Charlie corrió como si le hubieran perdonado la vida, ni siquiera miró atrás. Matt salió y cerró la puerta.

En ese instante, ella no pudo evitar echarse a llorar.

—¡Te juro que el memo decía dos! Yo… yo jamás cometí un error así antes… no estaba…no era… es que…

Un fuerte hipido le impidió seguir. No quería perder su empleo, a pesar de todo, le gustaba lo que hacía y en un pueblo tan pequeño, no había muchas oportunidades de ejercerlo.

—Shhh… tranquila. —La tomó en sus brazos y ella a su vez lo rodeó también.

—No me despidas.

—Me ofende que pienses que te haría eso.

Levantó la vista para mirarlo. A través de las gafas, podía ver los ojos verdes del que era su amigo.

—Los sacaste de aquí.

—Estabas a punto de llorar, no quería que te vieran así.

—Gracias.

Se arrebujó un poco en su pecho y dejó salir el llanto hasta que sintió el corazón más ligero.

—¿Almorzamos juntos? Te invito lo que quieras.

—Quiero un frappé.

—Eso no es almuerzo.

—Después del susto, necesito un frappé.

—Okey, frappé y almuerzo. Te espero en "Delmy's" Usa mi baño para arreglar esa carita. ¿Sí?

Asintió y espero que se fuera para ir al baño. El espejo le mostró el desastre de su rostro. Se lavó y respiró hondo. Todos la verían salir con cara de espanto. Alguien tocó la puerta del baño.

—¿Sí?

—Tus amigas envían algo —respondió la voz de Matt. Layla abrió y recibió un pequeño bolso con los cosméticos de Susana.

—Gracias.

—Beca te manda a decir: "Te apoyamos" y Beca dijo: "Dinos a quién hay que matar".

—Ay, chicas. —Sonrió para sus adentros.

—No tardes.

Volvió a cerrar y ella se arregló un poco. Ya luego agradecería a sus amigas, ahora solo quería correr a "Delmy's".

* * *

Entró al lugar y lo localizó en seguida. Se había quitado el saco, las gafas y la corbata y tenía las mangas de la camisa hasta los codos. Se veía como el amigo con el que veía películas y comía pizza.

Caminó lo más tranquilamente que pudo y al llegar a su mesa, se sentó frente a él.

—¿Mejor?

Asintió.

—Traerán la orden en cualquier momento.

—Gracias.

Inesperadamente, tomó su mano. Layla se estremeció ante el contacto. Aquella mano, fuerte y cálida, le transmitió tantas cosas que, por un instante, se sintió mareada.

—Layla, sé que no fue tu culpa. Tienes que calmarte.

—No puedo, das mucho miedo.

Retiró la mano y bajó la vista, apenado.

—Lo sé.

—Quise decir, ahora mismo no, pero en la oficina…

—Lo sé —repitió en un tono que la hizo sentir avergonzada.

En ese momento, fue ella quien tomó su mano.

—Gracias —atinó a decir y él le sonrió, aunque su mirada se veía un poco triste.

—Envié algo a tu casa, lo dejaron en el garaje. Espero te guste.

—¿Qué es?

—Tendrás que descubrirlo.

—Eres demasiado cruel.

—Debo serlo, es el trabajo de un ogro, ¿no?

Ella lo miró con la sorpresa pintada en su rostro.

—¿Qué? ¿Crees que no sé lo que se dice de mí en la oficina? Descuida, es parte de los juegos de los mandos altos, ellos lo controlan todo.

Layla no entendió y decidió no preguntar. Llevaron la orden, se dedicaron a comer y charlar como en las clases de dibujo, como un par de amigos comunes y corrientes que pasan el tiempo juntos.

Esa noche, al llegar a casa, fue corriendo a tomar su paquete. Era más grande de lo que pensaba, saltaba a la vista que era una pintura. La llevó adentro ansiosa y lo que vio la dejó sin aliento.

Era como un bosque, oscuro y solitario. En medio había un niño, se veía asustado y extendía la mano hacia un ser de luz. Ese ser era pequeño y tenía alas, era un hada que le mostraba un camino, pero lo más sorprendente de todo era que esa pequeña hada de luz tenía el rostro de Layla.



Capitulo 6



No sabía si sentirse alagada o inquieta. Un hada era un ser de luz, sin embargo, Harry Potter y El Señor de los Anillos le habían enseñado que el mismo ser en diferentes universos podían significar cosas muy, muuuuy, diferentes.

La única forma de saberlo era preguntando, así que, se decidió. ¿Cómo debería empezar? ¿Con la pregunta directa? No, eso era muy descortés. Debía empezar dándole las gracias, ¡sí! Siempre era bueno iniciar con cortesía.

Tomó el teléfono y descubrió que estaba nerviosa, aunque no sabía por qué.

Gracias, me encantó la pintura.

❤️

Me alegro. No la mires mucho que se gasta.

🤣🤣🤣

Já. Já.

¿Por qué tiene mi rostro?

¿No es obvio?

Si lo fuera no lo estaría preguntando.

🙄

No eres buena amante del arte. 🤦

Tú tampoco.

😒

Piénsalo, Layla.

Mejor dímelo

Está bien, pero no por aquí. Te lo diré en la próxima clase.

No sé si pueda esperar.

Entonces sí sabes.

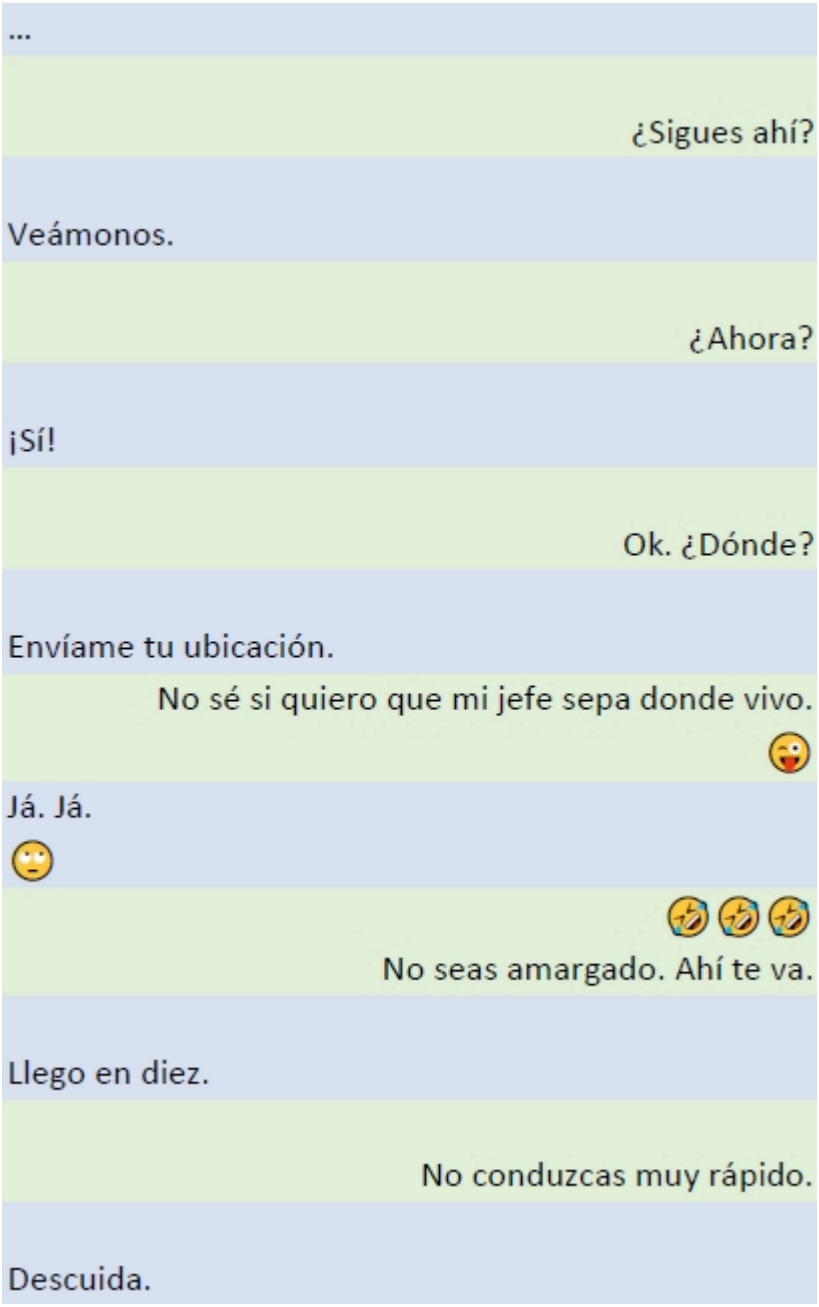
😜

Quizá.

😅

...

¿Hola?



¿Diez? Le daba poco tiempo. ¿Para qué? No es que fuera a pasar gran cosa. O, ¿sí? ¿Y si le decía alguna chorrada artística? Igual, valía la pena estar preparada. Se peinó, refrescó y retocó el maquillaje. En eso sonó el timbre. Respiró muy hondo, enderezó la espalda y fue a abrir.

Ahí estaba, con su look de persona normal, o más bien, tipo guapo normal. Llevaba un casco en la mano.

—¿Viniste en moto…

Con la mano libre la tomó de la nuca, la empujó un poco hacia la pared y tomó sus labios de manera sorpresiva y ansiosa.

—Por esto. —La volvió a besar y esta vez, larga y pausadamente. Preguntas y más preguntas se amontonaban en su mente mientras su corazón se derretía al contacto de sus labios suaves y cálidos. Sintió la presión de su lengua abriéndose paso y ella no se lo impidió, lo que provocó que su corazón saltara enloquecido. ¡Era el beso más delicioso que había recibido en mucho tiempo!

—¿Y "esto" qué es? —preguntó jadeante apenas se separaron un poco.

—Ponle el nombre que quieras respondiendo de igual manera.

Se volvieron a fundir en un beso profundo, húmedo y lleno de promesas. A Layla le parecía que el corazón iba a salirse de lo fuerte que palpitaba, un intenso cosquilleo le recorría el cuerpo provocando un fuerte temblor y ni hablar de la respiración que estaba a punto de abandonarla a su suerte.

Estaba disfrutando de ese momento, aun así, cayó en cuenta de las implicaciones.

—Will… —dijo, aún contra su boca.

—Me gusta como suena, dilo de nuevo.

—Espera.

Se separó un poco, pero no rompió el abrazo.

—¿Vamos muy rápido?

—Un poco… ¿Quizá?

Reteniendo su mano se encaminaron al encantador recibidor que ella mantenía con la decoración de su madre. Puso el casco en la mesita, se sentaron en le mullido sofá y le acarició la mejilla.

—Puedes decirme cualquier cosa.

Ella asintió, nuevamente cayendo bajo el encanto de su mirada y aquella suave caricia. Tenía muchas dudas, por una parte: sus amigas quizá tenían razón, hacía poco había terminado una relación y podría ser dañino para ella iniciar otra tan pronto. Por otro, las relaciones en la oficina estaban prohibidas y él era su jefe, un jefe que en el trabajo era un tirano a quien todo mundo odiaba.

—No sé si estoy lista para iniciar una nueva relación, hasta hace poco pensaba que estaba enamorada.

—¿Pensabas?

—Nos llevábamos bien y sentía que me entendía, pero mirando en retrospectiva yo siempre esperaba sus movimientos, no siento que tuviera una parte activa en la relación, era como si tuviera a alguien que cumpliera mis expectativas y quizá por eso se cansó. ¿Soy como una sanguijuela del amor?

No pudo evitar reírse ante semejante comparación. La tomó en sus brazos, como esa mañana en la oficina.

—No eres una sanguijuela, te lo aseguro.

—¿No crees que soy esa clase de persona que solo recibe sin dar nada a cambio?

—No lo creo y a mí me has dado más de lo que crees. Eres una brillante luz en mi noche oscura, por eso el hada de mi pintura tiene tu rostro. Tú me gustas mucho, Layla. ¿Te gusto, aunque sea un poco?

No respondió, en cambio se lanzó a sus brazos para besarlo y, poco a poco, dejarse embargar de esa dulce sensación que le provocaba un placentero cosquilleo.

—Me gustas… —Comenzó a desabotonarle la camisa—. ¡Mucho!

—Creí que íbamos muy rápido.

—¿Y? ¿Tiene algo de malo?

—En absoluto —suspiró mientras sus bocas se buscaban con ansias una y otra vez. Layla se puso de pie y se encaminó al dormitorio, invitándolo con la mirada, cosa que Will aceptó encantado.

Entre las sábanas con olor a lavanda, se despojaron de la ropa hasta que no hubo barreras entre ellos. Con esa emoción del primer encuentro, besando y explorándose sin reservas hasta que la mañana los encontró aún abrazados y charlando en susurros cosas banales que acercan a las personas con los hilos invisibles de la confianza y la cotidianidad.

Podrían haber permanecido así por siempre, en medio de besos dulces y caricias pausadas y profundas, pero sabían que, tarde o temprano, el mundo los reclamaría.

—No me quiero ir —gimió al ver la hora.

—No quiero que te vayas. ¿Por qué no te quedas el fin de semana?

—No quiero arruinar tus planes.

—Los vas a arruinar si te vas.

—¿Era tu plan seducirme? ¡Que mala mujer!

—¡Tonto!

Inició una guerra de almohadas hasta que terminaron de nuevo haciendo el amor sin acordarse porqué había empezado la guerra en primer lugar.

A medio día fue evidente que tenían que salir de la habitación.

—Prepararé el desayuno.

—Y yo el almuerzo.

—¡Muy gracioso!

Layla sintió que era un comienzo de ensueño para una relación. Se sentía plena y dichosa, hasta que la realidad rompió su pequeña burbuja de enamoramiento.

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro —respondió antes de darle un buen mordisco a su sándwich. La agitada noche la dejó con mucha hambre.

—Aún no lo hables con nadie.

Lo miró sorprendida y entonces recordó el pequeñísimo detalle de que se había acostado con su jefe. Si las personas en la oficina se enteraban, cada logro que tuviera de ahí en adelante sería tachado como favoritismo. "Nada como meter al jefe en tu cama para conseguir un ascenso".

Se tragó con dificultad el bocado.

—¿Puedo decirles a mis amigas?

—Susana y Beca te quieren mucho, pero ¿crees que no dejarían escapar algo… sin querer?

—Ellas entenderán lo delicado de la situación.

Al menos eso pensaba. Ellas jamás hablarían de eso con nadie, pero no estaba segura de cómo se lo tomarían. Ellas, como todos los demás, lo odiaban. Pero, ¿y si les podía mostrar que era una buena persona?

—Te lo dejo a ti, las conoces mejor que yo.

Terminaron de comer y Will propuso ir a dar un paseo. Aunque no estaban en contra de pasar el fin de semana entero en la habitación, no quería que pensara que solo le interesaba el sexo.

Fueron a su departamento por una ducha, la cual aprovecharon para juguetear nuevamente, y partieron en la motocicleta hacia una playa cercana donde pudieron contemplar un majestuoso atardecer.

—¿Qué quieres hacer mañana?

—Nuestro primer domingo juntos… ¿Qué tal películas viejas y pizza?

—¿No es eso muy común?

—Fue nuestra primera cita y la disfruté mucho.

—Entonces, cine y pizza será.

La dejó en su casa y se fue porque tenía un asunto urgente que atender con unos proveedores.

—¿Un sábado de noche?

—Los negocios no tienen horario. No te preocupes, mañana estaré aquí.

—Okey, hasta mañana.

Se despidieron con un largo beso, a pesar de haber pasado toda la noche y el día juntos, Layla no quería separarse de él. Eso nunca le había pasado antes.

Lo vio partir y se metió a casa. Minutos después recibió un mensaje.

Duerme bien, "Austen".

Sonrió, aunque esperaba algo más romántico, él siempre conseguía sacarle una sonrisa.

No te desveles, mañana tienes muuuucho trabajo.

Se dirigió a la habitación y se preparó para dormir.

¡Lo sabía! Solo me quieres por mi cuerpo. ;(

Esta vez dejó escapar una sonora carcajada, pero no quería desvelarlo más de la cuenta así que se despidió y esperó con ansias la mañana.

* * *

Aunque el domingo fue una prolongación de lo que empezaron el día anterior, se pasó volando. Había sido como una luna de miel, embelesados el uno por el otro y plagado de luminosas expectativas,

sin embargo, la realidad era ineludible y de esa manera llegó el lunes.

Cuando sus amigas llegaron, ella ya estaba ahí y les había preparado el café.

—¡Buenos días!

—Y con nosotras, Layla enamorada etapa dos.

Rodó los ojos, incapaz de rebatir nada porque tenían razón.

—Está bien, quizá si haya alguien.

Ambas se acercaron entusiasmadas de escuchar la noticia.

—Comencé a salir con alguien. —Hizo una pausa para medir la reacción de sus amigas. Ambas la miraban con suma atención—. Y creo que tal vez me esté enamorando.

—Cielo —dijo Beca con gran ternura—, me alegro tanto.

—Pero, tú dijiste que era demasiado pronto.

—Sí, quizá lo sea, pero deberías verte, ni en tus mejores momentos con Germán te viste así de…

—Satisfecha —completó Susana con un tono muy sugerente—. ¿A ver? Déjate de misterios y dinos quién es ese dios del sexo.

Se iban a llevar una gran sorpresa.

—Hola, Matt, ¿podrías ver estas… —Escucharon la voz de Charlie, pero Matt no le prestó mucha atención.

—¡Ahora, no!

Las tres miraron hacia el pasillo, Matt pasó como un bólido frente a su cubículo, fue a su escritorio y, sin decirle nada a sus amigas, Layla corrió detrás de él.

—¿Matt? ¿Pasa algo?

El chico extrajo la cajita blanca que ella había visto días atrás y se dispuso a salir.

—Por nada del mundo dejes que nadie baje al lobby.

—Pero…

—Te prometo que todo estará bien.

Matt volvió a subir al ascensor y desapareció.

—¿Pasa algo? —preguntó la nueva recepcionista, había llegado apenas tres días después de que Anne renunciara.

—No —se apresuró a responder—, debemos estar preparados para… ¡una revisión! —terminó, provocando que todo mundo se

metiera a sus cubículos a trabajar como locos. Eso garantizaba que nadie pensara si quiera en salir de ahí y, mucho menos, bajar al lobby.

—Típico del maldito Ogro, ¿Una revisión un lunes por la mañana? —se quejó Susana, volcándose a su trabajo como los demás.

Sus amigas olvidaron el asunto de su nuevo novio y hubo calma. El reloj marcó las siete cuarenta y cinco, pero su jefe no apareció. Todo mundo estaba confundido, sin embargo, siguieron con lo suyo, mirando la hora a cada minuto hasta que el ascensor volvió minutos después, bajando de él solo Matt.

—¡Matt! —gritó Layla alcanzándolo delante de su escritorio—. ¿Todo bien?

—Eh, si… todo… todo está bien.

—¿Seguro? —Era obvio que estaba mintiendo. Sudaba, estaba pálido y su traje estaba un poco desordenado.

—Seguro, ve a trabajar.

—Y… —Miró la puerta cerrada del despacho de Will. No sabía qué tanto sabía Matt de su vida, pero tenía que preguntar—. ¿Dónde… dónde está el jefe?

Los documentos que Matt sostenía cayeron de sus manos, cerró su cajón con fuerza y se puso de pie, solo para volver a sentarse, tan nervioso que Layla fue corriendo por agua al dispensador y se la ofreció.

—¡Matt! Te lo suplico, dime lo que pasó.

—No pasó nada… solo estoy muy atrasado con muchas cosas.

—¡No me jodas! —Matt la miró alarmado. Nunca la había visto así—. Algo le pasó a Will y me vas a decir dónde está ahora.

—¿Qué? ¿Cómo es que…

Sin previo aviso, Layla abrió el cajón y sacó otra de las famosas cajitas. La etiqueta rezaba: "Enalapril".

—¿Esto qué es?

Matt se lo quitó de las manos y la llevó del brazo a la oficina del director.

—Voy a decirte un secreto y tú me dirás el tuyo. ¿Trato?

No había tiempo para dudar, le urgía mucho saber de su novio.

—Hecho.

—Hace media hora, Will tuvo un shock hipertensivo.

—¿Qué? ¿Dónde está? ¿Va a estar bien?

—Va a estar bien, espero. Lo van a estabilizar y estará aquí mañana.

La chica se desesperó, ¿cómo se lo tomaría si dejaba el trabajo e iba a verlo? Era un maniático del trabajo, eso estaba visto, pero sí valoró que ella se preocupara de llevarle fruta para el almuerzo. ¿Qué debía hacer?

—¿No es muy joven para tener hipertensión?

—No es crónico, aún, pero está cerca de reventarse el corazón.

Layla fue a sentarse, no estaba preparada para algo así.

—Layla, ¿cuál es tu relación con Will Harrys?

—¿Eh?

—¿Por qué estás aquí?

Cierto, le había prometido que iban a intercambiar secretos, aunque, técnicamente él no le reveló un secreto suyo, sino el de Will, pero igual era algo que ella querría saber.

—Estamos saliendo.

—¡Wow! —Matt fue a sentarse también—. ¿Sabes? Vi las señales, pero es que era tan… ¡Wow! No le digas que yo te dije de su enfermedad.

—No le diré.

Era evidente que estaba haciendo estragos con su salud. Ella ya lo había notado, sin embargo, nunca se imaginó que las cosas estaban a ese nivel.

—¿Me escuchas?

—Lo siento, perdón ¿qué?

—Que deberías ir a su departamento.

—¿Y si se molesta que deje el trabajo?

—También es humano, aunque a veces no lo parece, como todos, necesita a alguien que lo cuide, ¿no crees?

Era el empujón que necesitaba. Se levantó, abrazó a Matt y le susurró: “Gracias”, antes de salir corriendo de hí.



Capitulo 7



Layla entró a la academia entusiasmada. Llevaba pocas clases, sin embargo, sentía que iba progresando, además de que era una oportunidad de verse con su novio fuera del trabajo donde tenían que fingir indiferencia el uno por el otro, aunque un par de veces la llamó a su oficina para robarse algún pequeño momento para ambos.

Después del susto de aquel lunes, Will le prometió que se tomaría las cosas con calma, así que ella se quedó tranquila. "Nada de llevar trabajo a casa", habían acordado.

Llegó a su mesa de trabajo, donde ya la estaba esperando.

—Hola —saludó, al tiempo que la tomaba por la cintura y la recibía con un beso—. Llegas tarde.

—Apenas un par de minutos.

—Sí, pero te extrañaba.

—Nos vimos hace una hora.

—Cada hora que no estamos juntos, es como una eternidad.

No podía creer que ese tipo de frases salieran de esa misma boca y las bebió junto a ese beso de fuego.

La voz de Alejandro puso fin al mágico momento.

—Bueno, clase, les tengo una gran noticia. Dentro de un par de meses tendremos una exposición de las mejores obras de los nuevos alumnos, el alcalde estará en el evento, así que, den lo mejor.

—Genial, nos vamos a lucir.

—Sí, ¡cómo no!

—Hay que ser positivos.

Como siempre, disfrutaron del rato, dibujaron, compartieron charlas y risas para luego ir a casa. A veces se quedaban juntos toda la noche y otras se separaban para descansar lo suficiente para los días laborales.

Solo faltaba contarle a sus amigas la verdad para sentirse completa y disfrutar de su relación.

Volvió a llegar temprano ese día, las chicas estaban ansiosas, ya que, su conversación se había quedado en pausa días atrás.

—Ya no nos hagas esperar más, casi no puedo dormir por tu culpa.

—No exageres, Su.

—Bien, solo quiero que tengan la mente abierta.

—¿Sales con un narco?

Layla pensó que Susana veía demasiadas telenovelas.

—Les dije que era alguien de la oficina.

—Espera —Beca sacó una pequeña libreta—, adelante.

—¿Y eso qué es?

—Donde calculamos las probabilidades para cada uno de los chicos de la oficina. Yo apuesto a que es Matt, te hemos visto secreteándote con él un par de veces.

—Es hermoso, no te descuides o te lo van a quitar.

—No es Matt.

—Por favor, que no sea Charlie, ese tipo es una rata.

—Pero la otra opción es León y es casado.

—También está Ben, de contabilidad.

Por un momento consideró no decir nada, ni siquiera lo habían tomado en cuenta en su lista y eso la hizo pensar que se opondrían, la asustaba un poco no contar con su apoyo.

—No es ninguno de ellos.

—No hay más chicos.

—¿Sales con una chica? La nueva recepcionista tiene un cabello precioso, ¿lo habían notado?

—Estoy saliendo con… Will.

—¿Quién? —preguntaron al unísono mirándose una a la otra confundidas.

—Will Harrys…

Ambas la miraron aún más confundidas. No tenían la menor idea de quién les hablaba.

—¿Es de contabilidad?

—¡Ya sé! Debe ser de Marketing, ¿cierto?

—Hablo del director, William Harrys, nuestro jefe.

Un silencio sepulcral dominó el ambiente.

—¿El Ogro? —susurró Beca con temor, como si decirlo atrajera alguna maldición.

—No lo llames así.

—¡Oh, por Dios! —saltó Susana—. ¡Dime que no es cierto! ¿Es una broma?

—Layla, dinos que no es cierto.

Susana sacudía las manos alarmada y Beca le apretaba los hombros. Esto estaba resultando peor de lo que pensó. Eran las siete con treinta. En quince minutos, Will entraría por esa puerta y no quería que sus amigas hicieran una escena. Tenía que calmarlas.

—Escuchen, necesito que respiren y se calmen. Les voy a contar todo, pero ahora quiero que me prometan que no dirán nada a nadie, no quiero que piensen que me acuesto con el jefe para obtener favores en el trabajo.

—Pues tienes que admitir que es la opción más razonable, porque, ¿qué posibilidades hay de que te enamores de un tipo como ese?

—Eso es injusto, no lo han conocido fuera de aquí. Él es… diferente…

—¿Eso no es peor? Porque, si lo piensas, si puede ser diferente, ¿por qué es un tirano con todos nosotros? ¿No recuerdas cuando te ridiculizó por leer novelas románticas?

—¿O cuando te dijo que hicieras algo con tu imagen?

—¿Y qué me dicen cuando se fue Anne y le pidió a Matt que revisara sus cosas? Eso fue horrible.

Layla siempre había sabido que no lo entenderían, esperaba estar preparada para su rechazo y explicarles y ahora veía que ellas

tenían una visión que él mismo se había forjado, una que jamás habría cambiado para ella si no se hubieran encontrado de las clases de dibujo.

¿Cómo les explicaba todo lo que la hacía sentir?

—Cielo, lo sentimos, solo queremos protegerte y creemos que no es la persona para ti.

—No queremos que te vuelvan a lastimar.

Ambas la abrazaron y ella se sintió muy desanimada. Quería hacerles entender.

—De todos modos, sabes que puedes confiar en nosotras.

—No diremos nada. Y… —Se miraron y ante el asentimiento de Susana, Beca siguió—. Aunque no lo entendamos, te vamos a apoyar en todo.

—¿En serio?

—¡Por supuesto! Y si te lastima, lo vamos a crucificar.

Se volvieron a abrazar y se sintió un poco aliviada.

—Ahora entiendo porque vas a su oficina tan seguido.

—Y nosotras pensando que te gritaba o algo así.

—Lo siento, no quería preocuparlas.

—Lo malo es que ahor, cada vez que te llame, voy a imaginar cochinadas.

—¡Susana!

—Tú tienes la culpa. Y ni siquiera luce como el protagonista de mis fantasías.

—Ah, ¿no? —Sacó el móvil, tecleó un poco y les mostró una fotografía de ellos en su departamento.

—¡No me jodas! No puede ser el mismo.

—¡Virgen santísima! ¡Luce guapísimo!

—Esperen, tengo una en la playa.

Recorrió la galería y la encontró. Ella la había tomado y solo aparecía su novio, sin camisa, tomando el sol.

—Okey, amiga, te perdono, cualquiera moriría por ese buenote.

—Voy a imaginar que es otra persona. ¡Ya está!

El reloj marcó la hora y el frenesí comenzó. Las amigas ocuparon sus puestos y, tratando de aguantar la emoción, iniciaron sus respectivas jornadas.

A media mañana, Matt llamó a Layla a la oficina.

—¡Gózalo! —susurró Susana y Layla casi suelta una carcajada.

No era que pasara de todo: algunos besos, caricias y palabras de amor apresuradas, pero que la llenaban de energías para el resto del día.



Capitulo 8



Las manos le sudaban. El aire se sentía enrarecido y le zumbaban los oídos. ¿Cómo se le pudo ocurrir semejante insensatez? Iba a provocar un desastre, estaba segura, iban a cerrar la revista, sus compañeros estarían en la calle en navidad pidiendo limosna para vivir, a Will le iba a dar un infarto y ella sería la única culpable.

—¡No puedo hacer esto!

Susana la hizo volver a sentarse y Beca la tomó de las manos.

—Tu idea es buena, aférrate a ella, defiéndela y, ¡por una maldita vez tu vida, confía en ti misma!

—Debí decírselo antes.

—¡No! —exclamaron las dos amigas a un tiempo.

—Tienes que ver su expresión, así sabrás si te apoya porque cree en ti o…

—¡Podría no apoyarme!

—Igual, tienes que estar segura.

Cuando Will entró a la sala de juntas, Layla fue incapaz de sostenerle la mirada, lo cual notó.

Volvió a recordarles la importancia de una estrategia para Chickstyles y algunos compañeros volvieron a presentar ideas nuevas. Ideas que fueron rechazadas con la misma frialdad de terror de su novio.

—¿Alguien más? —preguntó comenzando a reunir sus documentos para retirarse cuando Layla se puso de pie.

No detectó la más mínima expresión en su rostro. Ella fue al frente y volvió a proyectar la misma propuesta de portada.

—Quiero replantear mi idea.

Las miradas de sus compañeros eran un poema de tragedia, terror y malos augurios. Vio que Charlie se ponía pálido y hasta tuvo arcadas. León estaba hiperventilando.

Will no dijo nada, se reclinó en su asiento y le prestó atención.

—Sé que puede sonar fantasioso, pero sí podemos conectar con los jóvenes a través de la historia del pueblo. Por ejemplo —Pasó la diapositiva y apareció la imagen de dos ancianos—: ellos son Ira y Bella Donovan, son casi fundadores del pueblo, ahora son un par de ancianos que los chicos ni siquiera conocen, pero también fueron jóvenes alguna vez. —Volvió a pasar y apareció una fotografía de los años 50 con un chico y una chica sobre una motocicleta. Él llevaba chaqueta de cuero, cabello engominado con copete y la chica una falda recogida hasta las rodillas, con una pierna sobre el muslo del chico.

Escuchó las exclamaciones de sus compañeros. Sí, se veían geniales, la imagen evocaba rebeldía.

Pasó la siguiente imagen. Era una gráfica que comparaba las ventas de Chickstyles con las edades de los compradores a lo largo de cinco años.

—Como pueden ver, a medida que la población adulta ha disminuido, también lo han hecho nuestras ventas. El 60% de la población actual son centennials, y no compran revistas impresas porque están concentrados en otras cosas, como las redes sociales.

—¿Propones digitalizarnos? —preguntó Charlie.

—En parte si, pones una imagen como esta en instagram y una liga para suscribirte a la revista o a una parte del artículo completo. Estos chicos valoran la experiencia y, aunque no lo parezca, son fuertes creyentes de los valores, pero más por la práctica que por el discurso y a través de historias reales como la de Ira y Bella, podemos conectar con ellos, un target con un volumen importante.

—Genial —suspiró Charlie. León, Matt y Kathlin, la recepcionista, tenían cara de estar viendo su capítulo favorito de una serie de acción. Sus amigas levantaron los pulgares entusiasmados.

Will se puso de pie, se acomodó el traje, como siempre hacía y comenzó a salir. Layla sintió que el alma le caía hasta los pies.

—Así se sustenta una propuesta —dijo, y bandonó el salón de juntas tan serio como siempre.

Matt se acercó a ella y le estrechó la mano.

—Felicidades, tu idea ha sido aprobada. Envíame todos los documentos y las entrevistas para que las revise con calma.

—Claro… gracias.

—Eres la mujer más valiente que conozco—dijo León estrechando su mano. Los demás se acercaron también.

—Ese fue un trabajo increíble, reunir toda esa información y cuadrar esos datos. Eres astuta —señaló Charlie.

Todos volvieron a sus lugares. Con una línea a seguir ya decidida, podían respirar, aunque sea un poco, más tranquilos.

—¿Y? ¿Cómo te sientes?

—No lo sé. ¿De verdad creen que era una buena propuesta?

—Layla, para. Trabajaste muy duro, sustentaste los datos con números, profundizaste en tu público objetivo e hiciste un apoyo visual inmejorable. ¡No puedes estar dudando!

—Su tiene razón, date algo de crédito. Tú nos salvaste a todos.

Esa sensación se quedó con ella, se sentía satisfecha, aunque seguía temerosa de que Will no se tomara a bien que no le hubiera dicho nada antes de presentarse con la misma propuesta que ya había rechazado una vez.

Esa noche quedaron de verse en su casa, la espera se le hizo eterna, pero cuando aún faltaban cinco minutos para la hora acordada, escuchó la moto aparcando en su acera. Cuando el timbre sonó, ella ya estaba con la mano en el pomo. Abrió, casi no queriendo verlo a la cara, sin embargo, al entrar la tomó de la cintura sin decir nada y la besó apasionadamente.

—¡Eres increíble! —dijo en una pausa y volvió a tomar sus labios.

—¿De verdad, lo crees? —preguntó, ilusionada, cuando al fin se separaron un poco.

—No sabes lo que me costó contenerme para no besarte ahí mismo. Incluso a los directivos les pareció una genialidad.

No lo podía creer. ¡Lo había logrado! Había dado en el clavo, al fin. Eso la hacía sentir algo que nunca había experimentado antes, se sentía realizada, capaz de lograr cualquier cosa que se propusiera.

Subieron al dormitorio, abandonando prendas por todo el camino, entre besos ansiosos, hasta llegar a la cama que había sido testigo del inicio de su relación.

—¡Eres una diosa! ¿Lo sabes, cierto?

No lo había sabido, hasta ese momento y la sensación fue toda una revelación, justo así se sentía y quería aprovechar lo que ese sentimiento le estaba provocando, una marea de éxtasis que no quería que parara nunca.

* * *

Acomodada en su pecho, se deleitaba en escuchar su corazón tranquilamente. Imaginaba muchas más noches así, compartiendo tantas cosas, disfrutando lo bueno de la vida juntos. Una pequeña duda despertó de pronto dentro de ella, una que quizá más adelante hubiera querido nunca haber exteriorizado.

—Will…

—¿Sí?

—¿Por qué eres tan diferente en el trabajo?

Pudo apreciar el casi imperceptible cambio en su respiración, de tranquila y sosegada a nerviosa y tensa.

—Fue idea de los directivos —respondió sin inflexiones en la voz.

—¿Con qué propósito?

—Bueno —Se levantó un poco, quedando recostado contra el respaldo y ella también se medio incorporó—, el director regional se opuso a mi nombramiento, pensaba que, por mi edad, no podría inspirar respeto, quería alguien mayor, con más experiencia, así que pensaron que debía reflejar más autoridad y sus asesores compusieron la imagen que conoces.

—Me parece algo injusto.

—Ha funcionado, ¿no?

—Sí, nos dio la categoría plata, pero te lastimas y lastimas a los demás, ¿por cuánto tiempo puedes seguir viviendo como dos personas distintas?

—Por eso el terapeuta recomendó las clases de arte, eso ayuda.

Ella no creía que fuera sano o normal, estaba visto, por la crisis que había sufrido días atrás, que esa solución era solo temporal. No quería que siguiera perjudicando su salud a esos niveles, era desproporcionado.

—¿Eso te hace feliz?

—Acordamos no hablar del trabajo, ¿recuerdas?

Se levantó y comenzó a vestirse y ella hizo lo mismo.

—Creí que te quedarías.

—Tengo cosas que hacer.

—¿A las dos de la mañana?

Salió de la habitación, era obvio que intentaba evadir la situación.

—¿Vas a trabajar?

—Mira —dijo en un tono demasiado parecido al que usaba cuando era ese Ogro que todos odiaban—, para que algunas personas puedan ir a casa a relajarse, otras tienen que cubrir los vacíos, siempre ha sido así.

—No tienes que demostrarle nada a nadie, has hecho por Chickstyles lo que nadie en veinte años, hasta ese director regional debió notarlo.

—No tienes idea.

Se interpuso entre él y la puerta. Había sido un gran día y una gran noche, no podía permitir que las cosas terminaran así, solo que no sabía cómo arreglarlo.

—No quiero entrometerme, solo quiero que estés bien.

—No es tu responsabilidad preocuparte por eso.

—¿No es lo que hacen las parejas: preocuparse el uno por el otro?

Lo abrazó y le correspondió, solo que ella sintió que algo era diferente.

—Estaré bien.

—¿Lo prometes?

—Claro.

La besó en la frente y salió.

No hubo mensaje de buenas noches.

Capitulo 9

Layla tuvo que contarles a sus amigas. Se sentía superada con la situación y cuando se sentía perdida, sus amigas solían animarla o, en todo caso, perderla un poco más. Lograron, al fin, coincidir un fin de semana y verse para almorzar.

—¿No te recuerda al Dr. Jekyll y Mr. Hyde? —comentó Susana. Podía contar con que su amiga sacara comentarios que convertían la situación en algo perturbador.

—Gracias por la comparación.

—Para eso estoy.

—Lo que quiero saber es hasta dónde puedo intervenir, es decir, ¿es asunto mío? Si no trabajáramos juntos quizá ni siquiera sería un problema, ¿cierto?

—Creo que, si te preocupa, es algo que deberían poder hablar. No puedes dejar fuera de sus conversaciones una parte de sus vidas.

—O quizá si —Miraron confundidas a Susana—, lo que quiero decir es que, si no quiere mezclar el trabajo en la relación, quizá tenga sus razones y la discusión que tuvieron es la prueba de eso.

Genial, ahora tenía opiniones opuestas y ninguna luz en el camino. ¿Cómo saber qué era lo correcto en ese caso? Estaba más que visto que seguir su corazón era como entregarle un auto a un borracho ciego, el desastre estaba garantizado. ¿A quién más podía acudir?

Pensó en la única otra persona que parecía contar con la confianza de Will y decidió hablar con Matt, tal vez, solo tal vez, él podría arrojar un poco de luz, o si no, al menos inclinar la balanza hacia algún lado en las opiniones de sus amigas.

Cuando se acercaba al escritorio de Matt, un hombre que ella no conocía, la rebasó casi empujándola sin miramientos.

—¿Dónde está tu jefe? —gritó llegando primero al escritorio del asistente.

—Señor Miller, ¿a qué debemos el honor?

—¡No te hagas el imbécil! ¡Quiero hablar con Harrys ahora mismo!

Layla se hizo a un lado para pasar desapercibida en medio del incómodo momento.

Will salió de su oficina y se dirigió al hombre.

—Señor Miller, si gusta pasar, me puede explicar cuál es el problema —dijo con calma, extendiendo su mano.

El hombre no solo no estrechó la mano que le ofrecía, si no que lanzó al piso una copia de Chickstyles del mes anterior.

—¿Se puede saber por qué tengo menos espacio publicitario? ¡No es el acuerdo que teníamos!

—Podemos hablarlo, en privado.

—¡No me vengas con tus estupideces, jovencito! ¿Sabes que puedo demandar este remedo de revista de cuarta?

—No, no es así. Su espacio tuvo la reducción que le explicamos por el cambio en los costos, todo es perfectamente legal.

El hombre, que al entrar estaba pálido de ira, se puso rojo. Sus mejillas redondas, al igual que el resto de su cuerpo, se inflaron y los ojos casi se le salían de las órbitas.

—¡Ah! ¿Con que esas tenemos? Todos saben que tienes este puesto porque tu padre es el director regional, apelaré a los

directivos para que te quiten el cargo, para que cierren esta basura que llamas revista y se queden todos estos ineptos en la calle.

Layla se tapó la boca para contener la exclamación de asombro. El director que se había opuesto a su nombramiento y que había provocado que lo obligaran a proyectar algo que no era, ¿era su propio padre?

—Está en libertad de apelar a quien guste.

—Me niego a pagar esta publicidad, es una estafa y desde ya, considera mi cuenta perdida, la mía y la de todos mis socios.

Para cuando pronunció esas palabras, todos habían acudido tras escuchar los gritos. El hombre salió, empujando a todo el que se puso en su camino.

Habían perdido a Miller, el cliente que representaba al menos el 30% de los ingresos por publicidad. A pocos días de lanzar el siguiente número y con una sentencia de parte de Century sobre ellos.

—Vuelvan al trabajo. —Les dijo el director y entró a su oficina, seguido de Matt.

—Yo no me voy a quedar a ver cómo termina esto —sentenció Charlie.

—¿Qué? ¡No! ¡Espera! —Layla corrió tras él—. Charlie, espera un poco, no puedes irte así, te necesitamos.

—¿Necesitamos? ¿Quiénes?

—Pues... todos, obviamente. Esto se va a solucionar, solo espera unos días.

Charlie comenzó a meter cosas en una caja, ante la vista de pánico de los demás. Si se iba, era seguro que no sería el único.

—Mira, cuando los directivos cuestionen a Harrys por la pérdida de este cliente, ¿sabes el nombre de quién va a salir a relucir? ¡El director editorial! O sea, yo. No me pienso quedar a esperar que me corten la cabeza, mejor me voy antes.

Pasó delante de ella y por las caras de los otros, podía apreciar que muy pronto, habría una desbandada.

Sus amigas la miraban con una disculpa anticipada.

—¡No! No me pueden hacer esto.

—No asumas la responsabilidad.

—Esto no es contra ti, Layla, pero Charlie tiene razón. Esto no se va a quedar así, aquí van a rodar cabezas.

—Chicas, esperen una semana, un par de días. ¡Por favor!

Se miraron entre ellas y asintieron sin mucha convicción.

—Solo por ti.

—¡Gracias!

Las abrazó para luego ir a buscar a Will y decirle lo que estaba pasando.

—Layla, no puedes entrar.

—Tengo que hablar con él.

—Lo siento, pero hoy no podrá ser.

—¡Vamos, Matt! Soy yo.

—Él… dijo que no dejar a entrar a nadie, menos a ti.

Eso no se lo esperaba.

—¿Me mencionó específicamente?

—Sí.

—Oh. Vaya, pues, dile… dile que Charlie se fue y que los demás quieren hacer lo mismo.

—Si, era de esperarse. Tú no te preocupes, tenemos un protocolo para estos casos, todo va a salir bien.

Sí, claro, todo iba a salir bien, por eso no la dejaba entrar.

—Okey. Gracias Matt… yo no me iré… para que lo sepas.

—Lo sé, Layla. Yo tampoco me iré.

—Me alegro… cuídalo.

—Lo intento, te juro que lo intento.

Regresó a su puesto. El pánico era patente, sus amigas estaban muy calladas. Todo mundo luchaba por concentrarse, aunque los nervios se podían sentir en el aire.

Esperaban una junta de emergencia, sin embargo, pasaron las horas y Will no dio señales de vida.

Matt dijo que había un protocolo, significaba que había una solución para ese embrollo, ella se aferró a esa esperanza con todas sus fuerzas.

* * *

No se atrevió a llamarlo ni escribirle. Él le había ordenado a Matt que no la dejara pasar. ¡A ella! La dejó afuera a ella. Se sentía tan

dolida, que esperaba que la disculpa fuera mayúscula para poder perdonarlo y que las cosas volvieran a ser como antes.

Cuando escuchó la moto aparcar, no esperó a que sonara el timbre. Salió corriendo de la casa. Había planeado parecer molesta y hacerse la difícil, pero estaba demasiado ansiosa.

Llegó hasta él y cuando estaba punto de besarlo, él dio un paso atrás. No era una buena señal.

Se veía devastado. Completamente derrotado.

—¿Estás bien? —obviamente no estaba bien, pero ni siquiera sabía qué decirle. Negó con la cabeza.

—Se puede arreglar, ¿cierto? Sé que será duro, pero hemos salido de peores. Toda crisis tiene una solución.

—Sí, hay un protocolo para todo, ellos lo controlan todo —dijo con amargura.

Ella no supo si eso era bueno o malo. Quería apoyarlo, que supiera que estaban juntos en esto, pero él parecía completamente cerrado.

—Bueno, entonces…

—Layla… debemos terminar.



En la junta que se celebró algunos días después, Will y Matt les explicaron el plan a seguir para cubrir los puestos abandonados. Recursos humanos ya estaba en la labor, tenían pasantes y Century les estaba liberando de algunas cargas, así que, podían garantizar que el siguiente número saldría a tiempo y que nadie tendría que trabajar más de lo necesario.

Todos estaban aliviados. Menos Layla.

Al salir miró a Matt con una interrogación pintada en la cara y este le devolvió una negativa y una expresión desolada.

Podía ver cómo su novio, ex novio, se deterioraba día con día. Estaba pálido, tenía profundas ojeras y en más de una ocasión, ella notó que le temblaban las manos. Se estaba matando para evitar que los demás llevaran la carga.

Se esforzó en seguir con las clases de dibujo, aunque no era lo mismo sin él, aun así, no se dio por vencida, decidida a presentarse en la exhibición, solo para no dejarlo a medias, como tantas otras cosas en su vida.

Una noche, iba a pie a casa después de su clase y se sorprendió al ver a alguien esperándola.

—¿Germán?

—Hola, Pequeña.

Hasta ese momento se dio cuenta de que odiaba ese apodo y recordó que Will la había llamado: "Austen". Había comenzado como una burla, pero a ella le gustaba. Era mejor que: "Pequeña".

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Sabes? No es buen momento.

Vio la expresión de sorpresa en su rostro. ¿Qué creía? ¿Qué estaría esperándolo después de que la dejó de forma tan humillante?

—Layla, quería disculparme. Fui un cobarde, yo siempre te quise, en estas semanas me di cuenta de que nunca dejé de quererte, pero entré en pánico…

—Escucha, no tienes que disculparte. Yo me dejé llevar por mi lado romántico, imaginé cosas que no eran y te achaqué la culpa por mis propias expectativas. Yo tuve la culpa.

La expresión de Germán cambió, de compungido pasó a relajado y después a alegre.

—¿Entonces? ¿Hay oportunidad para…

—¡No!

—Yo pensé…

—Pensaste mal.

—¿Estás con alguien?

Maldito Germán, ¿no pudo llegar unos días antes? Le habría encantado decirle que sí, que tenía una hermosa relación de respeto mutuo y donde ella se sentía más plena, aunque quizá tampoco habría sido cierto porque, al ver hacia atrás, pudo ver lo duro que había sido tener una relación que tenía que guardar en secreto y la tensión de no entender porque su novio parecía tener dos personalidades.

—No —respondió en medio de un sollozo—, ya no.

—¿Quieres hablar?

—Perdona, tú eres la última persona con quien quiero hablar de esto. ¿Podrías irte, por favor?

—Claro, entiendo. Si en algún momento quieres hablar, sabes dónde estoy.

Pudo, al fin, llegar a casa y abandonarse a su tristeza. Aunque no por mucho, se obligó a calmarse porque tenía que estar tranquila para afrontar su trabajo, no era momento de flaquear, iba a hacer su parte lo mejor que sabía.

* * *

—Deberías aceptar —dijo Susana cuando Layla les contó lo de Germán. Layla casi se atraganta con su bocado. Almorzaban en el cubículo para no perder tiempo en ir a la cafetería.

—¿Disculpa? ¡No voy a volver con Germán!

—No tienes que volver, quizá solo salir un par de veces y ver si queda algo de química.

—No me lo creo. ¿Cómo va a quedar algo de química?

—Yo tampoco creo que sea buena idea —intervino Beca—, al menos no hasta que superes a Will.

—No lo quiero superar.

—A eso me refiero.

Susana tenía el don del pragmatismo y, aunque solía ser un poco molesto, resultaba interesante contrastar sus puntos de vista. Layla, sin embargo, no creía que el pragmatismo funcionara en las relaciones.

—Pienso que lo que necesitas es un buen polvo, eso te despejaría las ideas.

En ese momento recibió un mensaje. Se sobresaltó y lo miró en seguida, habían acordado que Matt le avisaría cualquier problema, así que no se descuidaba del teléfono.

¿Podemos vernos solo una vez más? ¡Por favor!

—¿Pasa algo?

—Es de Germán.

—Escucha —Susana se puso seria. La tomó por los hombros—. Yo sé que, a veces, lo que digo te suena a locura, lo admito. Pero, no descartes la oportunidad. Tienes que seguir adelante y la forma como podrás demostrarte a ti misma que eres capaz de pasar página, es precisamente, dejando una puerta abierta que podrías necesitar después.

Envió la respuesta.

Solo **UNA** vez más.

—¿Contenta?

Susana levantó los pulgares y Beca rodó los ojos.

* * *

—Te tengo una propuesta —le dijo cuando, al día siguiente, se habían encontrado en una cafetería cerca de su casa.

—Te escucho —respondió sin una pizca de convicción. No quería estar ahí. No quería hablar con él. No quería el café amargo que servían ahí.

—Dos citas. Solo dos citas y si no queda nada, lo aceptaré y nuca más te volveré a buscar, ni llamar, ni escribir.

La soberana apatía que la embargaba tenía que ser palpable. ¿Por qué Germán no lo veía y se alejaba sin más?

—Germán, no quiero lastimarte, pero voy a ser brutalmente honesta. Acabo de terminar una relación y esto me dolió mucho más que cuando hiciste realidad mi sueño para pisotearlo.

—Layla…

—Déjame seguir. Creo que darte dos citas, es darte falsas esperanzas porque he sentido cosas que nunca sentí contigo. Una conexión profunda, una preocupación por el bienestar de otra persona a parte de mí misma, el deseo de dar tanto como recibo y siento mucho no haber podido tener todo eso contigo, pero no se dio y ya, es muy tarde para buscarlo.

—Pero hemos cambiado, Layla. Yo he madurado al entender que deseo algo serio y profundo y tú… ¡Vaya, si pareces otra! Dices las cosas directamente, hablas de tu experiencia sin tapujos y brillas… ¡Brillas tanto!

¿Es que acaso no se estaba explicando? ¿No le bastaba con decirle que lo comparaba con otro hombre y que salía perdiendo? Cualquiera ya se hubiera ido, ofendido. No creía necesario explicarle que ese "brillo" del que hablaba se debía a un despertar que no había logrado con él.

Estaba cansada, no quería seguir ahí. Se puso de pie dispuesta a marcharse.

—Layla, si algo significó lo nuestro, algo pequeño que valores, dame esa oportunidad.

Suspiró resignada.

—¿Solo dos citas?

—¡Solo dos! Ni una más y me largo de tu vida para siempre, lo prometo.

—Está bien, solo dos y no incluyen sexo.

—Claro, por supuesto. Nada que no quieras.

Algo le decía que esto no iba a salir bien, pero al menos quería decirle a Susana que lo había intentado para no parecer que se cerraba a la oportunidad, aunque la verdad era que estaba cerrada, sellada y clausurada a ninguna oportunidad que no fuera recuperar a su querido Ogro.

Capitulo 11

Aunque la carga de trabajo no fue exagerada, sí tuvieron que hacer algunos ajustes para llegar a los tiempos de entrega y hasta hubo que apoyar la logística en ocasiones.

Aunque Layla estaba agotada, tenía sus esperanzas puestas en que no perderían su categoría plata y quizá al año siguiente subirían a oro. Justo en la entrada del ascensor, se topó nada más y nada menos que con su Ogro favorito.

—Hola —saludó con un poco de timidez.

—Hola —respondió, se le veía nervioso—. ¿Vas a Delmy's?

—Sí.

—Te acompaño.

Mientras caminaban juntos por la acera, se percató de lo desmejorado que se le veía.

—Te preguntaría cómo estás, pero salta a la vista.

—No tienes por qué preocuparte por mí.

—¿Y ya? ¿Crees que solo con decirme eso puedo presionar un interruptor y apagar lo que siento por ti?

—No quise decir… es solo que no quiero que lleves cargas que no te corresponden.

—Era algo que yo tenía que decidir. Creí que éramos un equipo y los equipos están juntos, en las buenas y en las malas y tú solo me hiciste a un lado.

Se detuvieron en medio del gentío que pasaba. No había planeado abordarlo así, pero ya que estaban, decidió dejar salir lo que pensaba.

La noche que terminó con ella, estaba tan impresionada que no fue capaz de decir nada, la destrozó que la dejara de lado y solo calló. Luego de varios días, podía ver las cosas con más claridad.

—Ven —le dijo tomando su brazo para hacerla entrar a la cafetería. Eligió una mesa cualquier y se sentaron—. Quizá no lo hice de la forma correcta, solo quería protegerte de que te desgastaras como…

—Como lo estás haciendo tú.

—Es mi obligación, no tuya.

—No tiene por qué serlo, no tienes porqué aguantar que te digan que deberías ser alguien que no eres.

—Sí tengo, porque es la única forma de demostrarle a mi padre que soy capaz de desempeñar el cargo. Tú no lo viste, cuando mi nombre fue propuesto, esperaba que estuviera orgulloso, pero no, estaba tan contrariado y se opuso con tanta vehemencia que fue…

—¡Will! —Tomó su mano. En ese momento parecía que era él quien necesitaba ser protegido—. Eres perfectamente capaz, los directivos lo saben, yo lo sé, lo importante es que tú lo sepas y, aunque entiendo que necesites la aprobación de tu padre, no puedes arriesgar la vida por eso.

Parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro. Layla estaba alarmada, consideró llamar a Matt, no sabía qué hacer.

—Yo creo en ti —dijo con firmeza presionando su mano que no había soltado ni un momento.

—Lo sé.

Sonaba un poco más calmado que hacía unos instantes. No se hacía ilusiones de que una charla sanara sus heridas, solo quería que supiera que podía contar con ella, quería ser su apoyo y estar juntos en baches como este y en los triunfos también.

—Will…

—¿Sí?

—Nosotros…

—¿Layla? —Alguien la llamó y ambos miraron por donde se acercaba la persona menos esperada del momento. Will la soltó, se reclinó en su silla y adoptó la postura del jefe tirano.

—¿Germán?

—Pequeña, que gusto encontrarte —dijo desde dos mesas más allá mientras iba sorteando gente para acercarse a donde ellos estaban.

—¿Pequeña?

—No es lo que parece.

—Ah, ¿no? ¿Y qué parece?

Que hiciera esa pregunta usando el tono con el que le hablaba en la oficina ponía una nota de terror al momento. Germán llegó hasta ellos y se inclinó para darle un beso, ella lo esquivó y hasta se alejó un poco.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba y te vi… Hola —saludó a Will y extendió la mano. Layla lo vio dudar, pero al final, la estrechó—, Germán Valladares, soy el novio de Layla.

—¡Eso no es…

—Un placer. William Harrys.

—¿Su jefe? ¿La haces trabajar incluso a la hora del almuerzo? Deberías bajarle al drama del jefe intenso, ¿no crees? Así no te odiarían tus empleados.

—¡Germán! ¡No es de tu incumbencia! ¿Por qué interrumpes?

—Quería hablar de nuestra cita.

—Los dejo para que hablen de su cita. —Se puso de pie, acomodando su traje con suprema indiferencia, como lo hacía al salir de las juntas. Estaba totalmente en modo ogro.

—Espera…

—Nos vemos en la oficina.

—No… —Se estaba poniendo de pie cuando Germán la interrumpió.

—Layla, ¿por qué no hablamos?

Quiso ir tras él, sin embargo, decidió aclarar las cosas con Germán de una vez por todas.

—Está bien. —Se sentaron—. Mira Germán, voy a decir esto una vez y espero que lo entiendas.

—Pequeña…

—¡No me llames pequeña! ¿Viste a ese hombre que acaba de irse? Para tu información estoy perdida e irremediablemente enamorada de él.

—¿Pero no era tu jefe?

—¡Eso no es asunto tuyo! Voy a ir allá y tratar de arreglar las cosas entre nosotros y si lo logro o no, ya no te incumbe.

—¿Y nuestras citas?

—Acepté para librarme de ti, Germán. Tú piensas que queda algo entre nosotros y no es así y necesito que lo aceptes porque yo ya superé lo nuestro.

Lo vio desanimarse y, aunque se sintió un poco mal, sabía que en un par de días estaría bien, al contrario de cierto hombre que literalmente se estaba matando de tanto trabajar.

—Perdona, pero me tengo que ir.

Ni siquiera miró atrás.

* * *

Llegó a la oficina y se encontró con Kathlin a punto de desmayarse.

—¿Kat? ¿Qué pasó?

—Llamó el director regional mientras el jefe no estaba y dijo que enviáramos los libros de todo el año.

—¿Para qué?

—Creo que nos van a cerrar —completó casi echándose a llorar.

Fue hacia el escritorio de Matt.

—¿Qué está pasando?

—Hay una junta extraordinaria de directivos mañana, al parecer han adelantado todas las agendas. Nos van a evaluar y… no sé cómo vaya a resultar esto.

—¿Y Will?

—Se fue a casa para prepararse para la reunión.

No quería pensar en lo que estaba sintiendo en ese momento. Los empleos de todos pendían de un hilo, un hilo que Will sostenía

solo y, para empeorar, hacía un rato, cuando apenas él le había abierto su corazón, había llegado Germán a estropearlo todo.

Quiso enviarle un mensaje de apoyo, sin embargo, reflexionó que tal vez un mensaje suyo no era lo que necesitaba para concentrarse.

Optó por ir a su puesto. La fecha límite para las entregas estaba demasiado cerca y faltaban algunas por hacer. Lo mejor en ese momento era apoyarlo haciendo su trabajo e intentando que todos los demás hicieran el suyo

Capitulo 12

La reunión de directivos comenzaba a las 9:00 am. Layla no podía pensar en nada, las ansias la estaban consumiendo. León pasó tres veces frente a su cubículo, parecía que le costaba estar en su lugar. Matt estaba en su puesto mirando el monitor de su computadora, sin mover las manos para nada. Kathlin le dio la impresión de ponerse a rezar en un par de ocasiones.

Los minutos parecían horas. Susana y Beca no dejaban de picar snacks mientras tecleaban. Parecía que el tiempo se había detenido.

A las doce menos cuarto, la puerta del ascensor se abrió. Todo mundo hundió la cabeza en su trabajo y nadie se atrevió a mirar al jefe que se dirigió directo a su oficina. Minutos después Matt llegó a comunicarles que habría junta de emergencia después del almuerzo.

—¿Bromeas? ¿Crees que vamos a poder comer algo? ¡Queremos saber qué pasó! —increpó León. Nunca lo habían visto así, parecía que, en ausencia de Charlie, parte del peso de sus responsabilidades había caído sobre él y no lo estaba manejando bien.

—Deberíamos esperar un poco más, León.

—Sea lo que sea, más vale enterarnos, ¿tú no quieres saber, Layla?

—Vamos a descansar. Gracias Matt, volveremos a la una.

Aunque las ansias la estaban matando, comprendió que Will necesitaba ese momento para ordenar sus ideas y calmarse, ya que, como fue la única que se atrevió a mirarlo, vio su expresión y supo que las noticias no eran buenas.

A la una todos estaban en la sala de juntas. Cuando entró se escucharon las exclamaciones de todos.

—¡Virgen Santa! —exclamó Kathlin.

Iba sin saco, con las mangas hasta los codos, sin gafas y el cabello un poco desordenado. Era el que ella conocía, era el hombre del que ella se había enamorado.

—Buenas tardes a todos. Gracias por su puntualidad.

Todo mundo estaba en shock. No se oía ni una respiración siquiera.

—Como todos saben, esta mañana hubo una reunión extraordinaria y las filiales de Century fueron evaluadas. Querían determinar cuáles entrarían a la lista para ser cerradas cuanto antes.

Kathlin comenzó a rezar de nuevo.

—Chickstyles no es una de ellas.

Fue como un suspiro general, que murió ante las siguientes palabras.

—Pero perdimos la categoría plata y descendimos hasta el puesto doce del ranking de Century.

—¡¿Qué?! ¿Cómo es posible? Acabábamos de estar en seis, ¿cómo bajamos tanto?

—Tres filiales más entraron al juego, no había manera de competir con ellas porque están en ciudades grandes. Otras subieron mucho más que nosotros.

—¡Eso es injusto! —exclamó Susana—. ¡No pueden evaluarnos así!

—Es su método.

—¡Debiste hacer algo! —acusó León. ¿Hacer algo como qué? quizo preguntar Layla, aunque no lo dijo—. Tú permitiste que esto pasara. Van a recortar personal, bajarán los sueldos y todo porque no cumpliste como director.

—Es posible —admitió y otro silencio envolvió todo. Jamás lo habían visto con esa actitud. Layla sintió que no era buena señal, había renunciado al rol que los directivos le habían creado, pero en lugar de parecer liberado, se veía más atado que nunca—, si es el caso, el único que será removido seré yo y ustedes conservarán sus puestos.

León fue hacia él, sus intenciones violentas eran evidentes, sin embargo, Layla y Matt llegaron al mismo tiempo. La chica se puso enfrente de su compañero.

—León, tú no eres así. No hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

El hombre emitió una especie de gruñido y salió de la sala. Los demás se fueron poniendo de pie y se fueron sin esperar a que Will les diera la salida. Solo Layla y Matt estaban al final.

—Vuelve a tu puesto —dijo en tono frío y se fue.

—Matt… —Un nudo le cerró la garganta.

—Ve, yo lo cuido.

Layla se fue al cubículo de marketing.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

—Perdón —sollozó León—, mi mujer está enferma, si me despiden no sé qué haré Layla, no la puedo perder, me volvería loco.

—León, ¿sabes porque no tuviste que revisar las pruebas de impresión para cubrir a Charlie?

—¿Qué?

—¿Saben por qué hemos estado saliendo a la misma hora todos los días a pesar de tener falta de personal y recursos? —Todos se acercaron.

—Porque ese director, al que tú acusaste de no cumplir con sus funciones, asumió toda la carga extra por nosotros. No ha dormido ni tenido una comida decente en semanas, no ha salido a dar un paseo o visto una estúpida película con su novia porque tenía que rellenar formularios y revisar el trabajo atrasado.

—¿Tiene novia?

—¡Tenía! ¡Era yo! Y ya no lo soy más porque el trabajo fue prioridad para él, con el único objetivo de conservar nuestra posición y al perderla, fue al único al que culparon.

Todos bajaron la vista avergonzados. Aunque solo León había sido duro con él abiertamente, todos lo miraron de forma acusatoria. Le reprocharon en silencio con esa salida, como un abandono.

—¿Nunca pensaron que la razón por la cual era tan duro era porque nos estaba cubriendo las espaldas?

—Bueno, quizá era duro, pero me guio con paciencia cuando llegué y, al menos, nunca me insultó como sí pasó en otras compañías.

—Debo ofrecerle una disculpa —dijo León, poniéndose de pie.

—Espera —interrumpió Susana—, debe estar pasándolo mal, ¿por qué no dejamos que Layla vaya a hablar con él y le diga que sentimos habernos comportado de esa manera?

Todos soltaron una risita y ella no se opuso. Llegó corriendo al escritorio de Matt y este le sonrió.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó guiñándole un ojo.

Corrió hacia el despacho, abrió la puerta y entró sin pedir permiso ni ser anunciada.

—Will…

Estaba de pie al lado de la ventana. Levantó la vista hacia ella. Lo vio claramente como el niño asustado de la pintura. Solo en medio de la oscuridad y ella quería ser para él ese rayito de luz.

Llegó hasta él y lo dejó abrazarla, le ofreció su hombro para que reposara la cabeza, llena de tantas dudas e inseguridades.

—Les he fallado... —pronunció con la voz quebrada.

—¡Eso no es cierto! Esto no fue tu culpa, ellos lo saben. Nadie te culpa, vamos a salir de esto como un equipo, no tienes porqué cargar con todo tú solo.

Se separaron un poco y tomó su rostro, tan lleno de tristeza.

—Estoy aquí, a tu lado.

—¿Y Germán?

—No volví con él ni lo haré jamás. Te quiero a ti, a ti con todas tus capas —sintió un inmenso alivio al escuchar su risa, aunque débil, ya era algo.

—Layla… —susurró.

—¿Sí?

—¿Querrías… darme otra oportunidad?

—Sí, claro que sí —respondió entre risas—, pero ahora, necesitas descansar un poco. Vamos a casa, le pediré a Matt que nos llame un taxi.

Se separó de él y cuando estaba a punto de cruzar la puerta, se volvió para decirle algo.

Fue en un instante, se llevó la mano al pecho, quiso agarrarse del escritorio, pero no lo logró, cayó de rodillas y se desplomó mientras ella gritaba su nombre y corría hacia él.

Capitulo 13

León estaba devastado.

—¡Fue mi culpa! —gemía una y otra vez. Layla tuvo la intención de decirle que Will había tenido un pre infarto porque desde hacía meses se estaba empujando al límite, sin embargo, las palabras no le salieron.

Si abría la boca iba a comenzar a llorar y Kathlin ya estaba cumpliendo esa función.

Respiró hondo para calmarse, "Quedas a cargo" le había dicho Matt y, aunque en el primer momento sintió pánico, sabía que ahora todo dependía de ella.

—No estamos para buscar culpables —sentención con tanto aplomo que todos la miraron con la boca abierta—. Kathlin, ¿llamaste a logística?

—Aún no, es que...

—Llama ahora mismo y dame el informe.

—Claro.

—León, deja de lamentarte y ve a tu puesto, comprueba cada maldito auncio y cada letra, no nos podemos permitir ni un solo

error.

—Yo... eh, sí, ahora mismo.

Sin vacilar se fue a la oficina del director seguida de sus amigas.

—Aquí hay cientos de informes, necesitamos coordinar la primera entrega para mañana, necesito que me ayuden a determinar que urge para ya y qué podemos dejar para después de la entrega.

—Claro, dame estos y en una hora te digo.

—Que sea media hora.

—Okey —concedió Susana llevándose un puñado de carpetas al escritorio del asistente.

—Quiero que supervises las llamadas de Kathlin, está tan alterada que temo que cometa algún error.

—Claro, jefa, ahora mismo.

Tomó otras carpetas y apartó el recuerdo de minutos atrás: iba a reiterarle cuánto le importaba cuando, al volver, vio cómo perdía el conocimiento y quedaba tendido en medio de la oficina. Todo lo demás era una imagen borrosa: la ambulancia, los paramédicos, Matt recitando los medicamentos que tomaba a cada hora...

Se curbió la boca y ahogó el gemido de angustia. Tenía que concentrarse, ella no era familiar ni nada significativo en su vida, su nombre no figuraba en nada que la relacionara con él, así que, en el hospital no le iban a dar ninguna información, lo único que podía hacer en ese momento era procurar que todo siguiera su marcha y que los distribuidores tuvieran la revista en sus estanterías al día siguiente.

Las llamadas se hicieron, las entregas se confirmaron y al final del día, se fue a casa, como siempre.

Apenas atravesó la puerta sacó el móvil y marcó.

—*¿Layla?* —escuchó la voz extrañada de Matt.

—¿Sabes algo?

—*Al parecer todo salió bien, aunque la recuperación tardará un poco.*

—¿Cuándo podre verlo?

—*No lo sé, su padre vino por la tarde y me envió a casa*.

Layla suspiró. ¿No le bastaba con todo lo que había provocado?

—Bueno, llámame si sabes algo.

—*Claro, pero te llamaré de mi número.*

—¿Tu número? ¿Qué quieres decir?

—*Este no es mi teléfono Layla, le marcaste a Will.*

La llamada se cortó y ella miró la pantalla. Le había marcado por inercia, en poco tiempo se había convertido en una costumbre tan arraigada, que lo hacía sin pensar.

Entró a la galería de fotosy recorrió las imágenes. Las fotografías de su relación, desde aquel primer día en que le regaló aquella pintura daban fe de cómo había ido creciendo la confianza y complicidad entre ellos.

Bajó el móvil y miró el cuadro que presidía su sala de estar, le pareció que aquel niño estaba más solo que nunca y lloró por no poder estar a su lado.

* * *

Días después Matt y Layla habían llamado al hospital para preguntar por Will, como hacían a diario, y les informaron que su padre había pedido el alta. Estaban alarmados y no sabían qué pensar del mensaje del señor Harrys pidiéndoles que fueran a su apartamento.

Llegaron al lugar y el mismo director regional les abrió la puerta. Aunque debía pasar los cincuenta, se veía muy bien conservado y el parecido con su hijo era sorprendente.

—Bienvenidos —dijo afablemente—, están en su casa.

Layla intentó sobreponerse al asombro que le produjo el lujo de aquel lugar. Era pequeño, pero se notaba que había sido decorado con mucho esmero. Días atrás Matt le había contado a Layla que la madre de Will había muerto cuando era apenas un adolescente y que su padre nunca se volvió a casar, por lo cual, no había señales de una nueva señora Harrys.

—Tú debes ser Layla Bennet, eres más guapa que en las fotos.

—Eh... gracias...

—Por favor, vengan por aquí.

Lo siguieron por un pasillo y, para su sorpresa, encontraron una gradas, las cuales subieron hasta alcanzar lo que parecía una segunda planta de una mini mansión. No era para nada un apartamento pequeño, después de todo.

Se detuvo frente a una puerta y tocó, una voz femenina respondió: "Adelante".

El señor Harrys abrió y dentro se encontraron con una enfermera que, en ese momento inyectaba un líquido en la vía de una bolsa de suero colgada a un lado de un pequeño sofá desde donde Will les ofrecía una sonrisa.

—¿Qué haces ahí? ¡Tenías que estar en cama! —recriminó su padre, aunque su tono no era de enojo, sino de preocupación.

—¡No voy a recibir a mi novia en cama! —respondió con un tono brillante en la voz a pesar de estar conectado a un aparato que anunciaba sus latidos con un pitido y una bolsa de suero—. Además, Marianne dijo que no había problema.

—¿Eso es cierto?

—Será solo por hoy —respondió la enfermera, una señora de unos cuarenta años que, muy a su pesar, Layla tuvo que admitir para ella misma que le aliviaba que no fuera una sexy enfermera joven.

Mientras Marianne y el señor Harrys salían, Matt se acercó a su amigo.

—Otro susto como ese y te mato yo mismo.

—También me alegro de verte.

—¿Cómo estás?

—No como para una maratón, pero bien, supongo.

Miró a Layla y le extendió la mano para que se acercara. Esta dio unos pasos y la tomó.

No lo soportó más, se arrodilló a su lado y dejó salir la angustia que había tenido que aguantar día tras día para que sus compañeros no se alarmaran. Todos pensaban que, si ella estaba tan tranquila,

era porque todo marchaba bien. Sin embargo, al comprobar por ella misma que estaba fuera de peligro y que incluso parecía relajado y tranquilo, todo explotó y comenzó a llorar abrazada a su cuello.

—¡Tuve tanto miedo! —gimió con el rostro oculto en su cuello.

—Yo también —susurró—, tenía miedo de no volver a verte.

Layla se separó un poco y lo miró a los ojos.

—Todo se hizo lo mejor que pudimos, la entrega…

La hizo callar uniendo sus labios en un beso.

—Olvida eso, ¿tú cómo estás?

—Ahora que te vi, mucho mejor.

Se volvieron a besar, de forma suave y dulce dejando los sentimientos fluir entre ellos.

—¡Hey, hey, hey! Detesto ser mal tercio, pero esta cosa va muy rápido para mi gusto —dijo Matt señalando el monitor cardíaco que había marcado un aumento en el ritmo.

—Debería alejarme un poco…

—Si te alejas, se convertirá en una línea.

Matt hizo un ruido como si tuviera un ataque de asma.

—Por favor, me va a dar diabetes —se quejó, medio en broma, divertido al ver a la parejita.

El señor Harrys entró nuevamente, llevando una bandeja con postres y bebidas. Layla se puso de pie y fue a sentarse en la cama.

—Papá, ¿no tienes quién haga eso por ti?

—Ah, no soy tan viejo como para no atender a los amigos de mi hijo —Colocó la bandeja en una mesita y se acercó a ellos—. Además, si no estoy pendiente personalmente, mira cómo acabas. Por esto no quería que te dieran ese puesto, he estado ahí, sé cómo Century manipula las cifras para presionar a los directores y ponerlos a competir unos con otros, en mis tiempos era una masacre.

—Sigue siendo igual —apuntó Matt mientras elegía entre los postres.

—Por eso mismo deberías aceptar un puesto en mi despacho, aunque sea la misma empresa, cada director regional trabaja bajo sus propias líneas.

Layla estaba sorprendida, pensar que Will y su padre se habían alejado por un malentendido, al parecer el señor Harrys solo quería proteger a su hijo de la tiranía de la compañía para la que trabajaba.

—No quiero dejar la revista, papá. Significa mucho para mí.

—Hijo, piensa en esta dulce muchacha —Layla lo miró queriendo preguntar qué tenía que ver ella en esa discusión—, perdí tanto tiempo que pude dedicarle a tu madre y la perdí tan pronto, no quiero que te lamentes en el futuro como lo hago yo.

La miró y ella supuso que pensaba en ese futuro del que hablaba su padre y sintió una sensación cálida en el pecho al descubrir que la consideraban parte de ese futuro.

—¿Qué dices? —¿Le estaba pidiendo su opinión acerca de un asunto profesional y familiar?

—Digo que… no deberíamos hablar de eso ahora. Tendrás algunas semanas para recuperarte y pensar y yo estaré aquí para que decidamos juntos.

Al parecer el padre estuvo de acuerdo, se puso de pie y palmeó el hombro de su hijo.

—Matt, ¿no querías ver mi colección de guitarras? —dijo de manera insinuante y este accedió, no sin antes, tomar un par de bocadillos y su vaso de jugo para después seguir al dueño de casa.

—Te ves cansado, ¿quieres volver a la cama?

—Si vienes conmigo.

—Recuerda tu corazón… —respondió sin poder esconder la sonrisa.

Lo ayudó a recostarse y se acomodó a su lado.

—Me alegra saber que aclaraste las cosas con tu padre.

—Sí, más o menos. Insiste en que vaya a trabajar con él, no entiende que Chickstyles es mi campo de batalla personal, le he entregado tanto, siento que sería una traición abandonar todo.

—No sería un abandono, incluso podrías hacer mucho desde una esa posición.

—¿Lo crees?

—Seguro. Pero, ya no hablemos de trabajo. Decidas lo que decidas, yo te apoyo y trataremos de que no haya arrepentimientos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo, sin arrepentimientos.

—Sin arrepentimientos.

Acomodó la cabeza en su hombro y lo abrazó por la cintura. Su calor, su cercanía, el aroma a colonia y ropa limpia la adormecieron,

cerró los ojos y se dejó llevar, sintiéndose en el lugar más seguro del mundo.

Capitulo 14

Un año después.

El reloj marcaba la una de la tarde, en cualquier momento se abriría el ascensor y todos estaban reunidos enfrente esperando el momento.

Un año atrás habían perdido la categoría plata, les habían puesto las cosas difíciles, aun así, con Layla como nueva directora de contenidos y de la mano de todo el equipo habían remontado y habían ascendido desde la doceava posición hasta ubicarse en la tercera.

¿Sería suficiente como para recuperar su categoría? No lo sabían, aunque el nuevo director regional seguramente los habría apoyado, estaban seguros de que no era el todopoderoso dentro de la empresa.

Al fin, las puertas se abrieron y apareció Matt, el actual director de Chickstyles y sonrió al verlos a todos.

—Vaya, pero qué grata bienvenida.

—No te hagas de rogar y suéltalo —dijo Susana mostrando la impaciencia de todo el equipo.

Los hizo pasar a la sala de juntas y una vez ahí, les dijo lo que querían saber.

—No somos categoría plata —soltó de manera rápida y se pudo notar el desánimo de todos.

—No es el fin del mundo —declaró Layla—, no es la última oportunidad para ascender y lo haremos de forma tan contundente que nadie pondrá en duda nuestro logro.

—¡Así se habla! Gracias a ese espíritu Century les ha enviado un representante para darles una noticia —anunció Matt y pudieron ver que la puerta del salón de juntas se abría y aparecía el mismísimo director regional.

Tiempo atrás, Will aceptó el puesto que su padre le ofreció en su oficina, por lo que, tras la jubilación de este, tomó su lugar como director regional.

Lucía muy diferente a como lo recordaban, el traje azul era a su medida, corbata azul cobalto con rayas blancas, sin gafas y una sonrisa de oreja a oreja.

Layla estaba orgullosa de él. Aunque los viejos hábitos estaban muy arraigados, poco a poco, a lo largo de ese año, fue aprendiendo a delegar más y sobrecargarse menos, a confiar en las personas a su alrededor y tomarse las cosas con calma.

—Es bueno volver a verlos —saludó Will a todos, la mayoría eran las mismas personas que habían luchado por años a su lado.

Se levantaron y fueron a saludar con apretones de manos y abrazos. Al último se acercó Layla. A pesar de que vivían juntos hacía tres meses, no le había querido revelar la decisión de Century sobre la revista y, aunque a veces la molestaba, pensaba que era preferible así, no quería que pensaran que el jefe de su jefe tenía preferencia por ella.

—¿Y a qué debemos el honor, señor Harrys? —preguntó con un tono formal, que para todos fue vidente que era falso pues le sonreía.

—Vine a comunicarles que Century ha valorado su desempeño en el último año y los ha nombrado categoría oro.

Sacó la placa que mostraba su categoría y la entregó a Matt. El silencio persistía, nadie podía creer lo que veían.

—Felicidades, lo han logrado. Oficialmente, Chickstyles es la mejor filial de Century en todo el estado.

Un grito general llenó la sala. Risas, llanto, cantos, abrazos… Después de tantas luchas, por fin lo habían conseguido, al menos por un año, eran los mejores.

—¿Y? ¿Cómo se siente, directora de contenidos?

—Es increíble, siento que podría hacer cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —le preguntó al oído de forma muy seductora. A Layla se le erizó la piel—. Tomémonos el día.

—No podemos hacer eso.

—Es un día especial.

—Bueno, pero solo hoy.

—Claro —La tomó de la mano y se dirigieron a la puerta. Antes de salir llamó a su amigo—. ¡Matt!

—¡Ahí van! —respondió lanzándole un juego de llaves.

—¿Qué es eso?

—Las llaves de la motocicleta.

Las chicas la despidieron entusiasmadas con señas de pulgar arriba.

En lugar de ir casa, paró frente a uno de los mejores hoteles del pueblo, el cual, en el último año se había modernizado llegando a parecer más una ciudad pequeña.

La habitación era hermosa, pero lo que a Layla le llamó la atención fue que, en la alfombra, frente a un televisor de tamaño descomunal, había pizza y cerveza.

—¡Es como nuestra primera cita!

—Y con película romántica incluida

Él se despojó del saco y la corbata, se sentó en la alfombra y acomodó a Layla en su regazo.

—¿Sabes? Estaba pensando en retomar las clases de dibujo, ahora que las cosas estarán más tranquilas —comentó ella, muy a gusto, abriendo al mismo tiempo una lata de cerveza.

—¿Quieres que te acompañe?

—Claro, es un pasatiempo de ambos.

—Okey, pero tendrá que ser después.

—¿Después de qué? —preguntó distraída, mirando la pantalla.

Will se acercó a su oído hasta rozar el lóbulo de la oreja y le susurró:

—De la luna de miel.

Detuvo el amago de tomar un trozo de pizza y se le quedó mirando a la espera de un estallido de risa, porque aquel comentario tenía que ser una broma. Lo que pasó a continuación la dejó sin habla.

Will presionó un botón y las luces bajaron, una melodía dulce salió de los altavoces y en el televisor aparecieron fotografías y videos cortos de ellos dos, casi desde el inicio de la relación, incluso había un par de capturas de conversaciones. Y, para finalizar, la fotografía de la primera pintura que Layla vio cuando se inscribió a clases de dibujo.

—Layla, esa luz eras tú, siempre has sido tú, desde aquel verano en que entraste por la puerta de la revista con tu vestido amarillo y tu coleta —Layla se cubrió la boca con ambas manos. Recordaba perfectamente su primer día—. Oía tus risas, tu charla banal y tu abrumador entusiasmo cada día, bebí con ansias, aunque fuera un poco, de esa luz que no era para mí, pero que me alcanzaba con sus rayos cálidos y me prendé de ella. Esa noche, cuando te vi admirándote a ti misma en mi pintura, quise huir, esconderme y que no supieras cómo era en realidad, pero no podía alejarme y decidí dejarme atraer. Cuando me regalaste esa primera sonrisa, la primera que era mía, la primera que no tenía que robarme como un ladrón desde las sombras, supe que sería tu esclavo para la eternidad. —Deslizó en su dedo una delicada y sencilla sortija—. Por eso, sé mi esposa, Layla y seré tuyo para siempre.

Nunca se esperó esa confesión, siempre creyó que todo había comenzado aquella noche en la escuela de arte, no podía imaginar desde hacía cuánto tiempo él le había prestado tanta atención. Las lágrimas se abrieron paso, lágrimas dulces y cálidas, lágrimas de felicidad.

—¡Sí! —dijo entre sollozos—. ¡Por supuesto que sí!

Sintió el delicado roce de sus labios, se dejó embargar de las caricias, mientras un fuego abrasador la invadía y reconocía a su alma gemela en cada fibra de su ser y supo, sin lugar a dudas, que estaba lista para su felices por siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi querida amiga Valeska Lacayo por su paciencia y secundar mis locuras, tanto esta como las otras ideas sobre la mesa, sé que mis historias no serían lo mismo sin tu apoyo y esa refrescante honestidad que no es fácil de encontrar.

Gracias a mis queridas amigas y lectoras fieles que no se pierden ninguna de mis novelas, ustedes son mi principal motivación para seguir adelante.

Si me lees por primera vez, gracias por haberme dado la oportunidad.

Puedes apoyarme dejando tu reseña, ya sea en Amazon, Goodreads o una mención en tus redes sociales.

Puedes unirte a mi grupo de lectoras:

Mis Lectoras

Comprar alguno de mis otros libros:

Perfil de Amazon

O invitarme a un café:

Paypal

Pero, si pensabas que esto había terminado, tengo algo más para ti. Puedes ver en Youtube el epílogo de esta novela:

Epílogo

Nos vemos en la siguiente novela de esta serie. ¡Gracias!